
CIENCIA
FICCIÓN
LA ASTRONAVE
FANTASMA
LAW SPACE
Cunés

La astronave fantasma

Law Space

Ciencia Ficción/079

CAPÍTULO PRIMERO

El potente «Cadillac», dotado de los últimos adelantos de la técnica, luchó durante una décima de segundo con las leyes del equilibrio, amenazando estrellarse contra una de las farolas. El otro vehículo, que acababa de desembocar, también a una gran velocidad, de la calle de La Fayette, hizo igualmente una curiosa pirueta para acabar subiéndose a la acera del bulevar Haussmann, antes de frenar, en última instancia, junto a la pared de uno de los edificios de piedra, haciendo correr desesperadamente a los transeúntes.

— ¡Estás loca, Christiane!

Pierre Delahaye, proyectado por el frenazo, había logrado agarrarse fuertemente al asiento delantero, sin chocar cómo temía contra el cuerpo de su hija, que también se había adelantado impulsado por la inercia de movimiento.

— ¡Estás loca, Christiane! — repitió.

El conductor del otro vehículo, un señor que intentaba descomponer su flema británica, esforzándose por hacer visible su cólera, venía hacia ellos, sus manos se movían en molinete, recordando vagamente los gestos desesperados de un director de orquesta que ve una desarmonía completa en sus profesores.

Pierre Delahaye cerró los ojos. Prefería escuchar las fuertes frases del enojado señor sin verle, ya que íntimamente «monsieur» Delahaye era esencialmente un tímido...

El enfurecido caballero, que había estado a punto de estrellarse, para evitar el choque con el «Cadillac» que conducía Christiane, se detuvo a dos metros del coche. Su rostro, al que había logrado imprimir, con gran esfuerzo, la expresión de cólera que requerían las circunstancias, se mutó en pocos segundos, apareciendo de nuevo la caballeresca expresión de un hombre de mundo que se encuentra ante una deliciosa criatura...

— Perdón... — empezó a decir, al tiempo que se descubría gentilmente.

Con un suspiro, que demostraba muchas cosas, «monsieur» Delahaye abrió los ojos, comprendiendo que el «hombre encolerizado» acababa de perder definitivamente la partida. Estaba acostumbrado a comprobar que la belleza de su hija, unida a una especie de arte especial, derrumbaba con harta frecuencia cóleras y enfados del sexo fuerte, provocando reacciones contrarias en las otras mujeres.

El hombre encolerizado había dejado de serlo hacía ya unos minutos

y «monsieur» Delahaye descubría en los ojos del otro una serle de raras luces de esperanza cuando, repentinamente y después de sonreír — detalle que Pierre vio en el retrovisor — Christiane puso el «Cadillac» en marcha, alejándose velozmente de aquellos lugares.
— Vamos a llegar tarde, papá — fue todo el comentario que hizo.
Al llegar al Arco de Triunfo hubieron de disminuir la velocidad forzosamente, pues la densidad de circulación era allí tremenda. Vehículos de todas clases y peatones que llenaban las aceras, formaban una masa compacta, cuyo ritmo de marcha, exageradamente lento, era imposible forzar.
Christiane Delahaye, intensamente contrariada, intentó con mil argucias abrirse paso para avanzar más de prisa. Su impaciencia, al tiempo de no servirle de nada, la exasperó aún más. Luego, cuando se percató de la inutilidad de sus esfuerzos, encendió un cigarrillo y se resignó a seguir el coche que la precedía.
«Monsieur» Delahaye no dijo nada. Cómodamente sentado en la parte posterior del «Cadillac», pensaba en la inutilidad de toda la prisa, que había manifestado su hija aquella mañana, desde que la televisión dio la noticia, haciéndole abandonar el lecho con una premura desacostumbrada, sin dejarle ir ni un solo instante a dar una vuelta a los Almacenes.
Aquello era realmente lo que más contrariaba a Pierre. Le agradaba mucho pasar por sus Almacenes, en las primeras horas de la mañana, realizando de costumbre una inspección detallada, planta por planta, en aquellas horas en que el público no había aparecido aún en la cantidad cotidiana.
Se imaginaba fácilmente, mientras fruncía el entrecejo, a sus empleados y empleadas concentrados en las salas de aparatos de televisión, haciendo funcionar una docena de ellos y «bebiendo» materialmente las noticias que, con toda seguridad, estarían dando las emisoras a una cadencia formidable.
¡Y todo por la caída de un «platillo volante» en los alrededores de París!
Sinceramente, para Pierre Delahaye, de la importante firma Delahaye, dueño de la más importante cadena de Almacenes «Prixunic» de Francia, la caída de un artefacto de aquel tipo tenía una relativa importancia...
Pero, de eso a movilizar la atención de una ciudad como París, paralizando la vida comercial y hasta industrial de toda la población, había un abismo. El problema podía interesar a los ociosos, a los que encontraban en aquel acontecimiento un «relleno» para uno de sus innumerables días vacíos; pero, para los hombres de la categoría de Delahaye, aquella estúpida noticia iba a costarle doce millones de francos de salarios que, normalmente, no debía haber pagado.

Estaba decidido a hablar de ello a algunos de sus amigos, todos ellos ministros, para que planteasen la cosa ante el Presidente, haciéndole ver la gravedad de sensacionalismos como aquél y sus resultados catastróficos para la industria y el comercio de Francia.
¡Un «platillo volante»!
Pierre recordaba todo aquel escandaloso asunto que había hecho llenar millones de páginas hacia la mitad del siglo XX, cuando él no era más que un jovenzuelo imberbe. Ahora, en el año 2035, la gente parecía poseer, a pesar de los adelantos conseguidos, el mismo grado de estupidez que antes...
¡O menos ganas de trabajar!
Sí, debía ser eso. Y como para «monsieur» Delahaye el trabajo era algo fundamental, pues sus empleados le costaban muchísimo dinero, sentado en su coche protestaba contra la noticia dada por la televisión, contra todas aquellas estupideces y contra el dominio terrible de Christiane; sí, contra aquel terrible dominio, aquella intolerable dictadura que la muchacha ejercía sobre él.
Sin embargo...
El bueno de «monsieur» Delahaye debía confesar, a pesar de todo, que su hija era la única cosa que le mantenía aún pegado a mil asuntos complejos, a la máquina potente de sus Almacenes, a los odiados Consejos de Administración y a otras cosas cada vez más pesadas y desagradables. Ella era la luz y la alegría del enorme caserón que poseían en plena calle de Rivoli y en la media docena de propiedades repartidas, un poco al azar, por las costas francesas. Sin la muchacha, la vida del viejo Delahaye no hubiera tenido atractivo alguno.
Él hubiese deseado, además de Christiane, un varón. Pero las cosas habían sido así y desde la muerte de su esposa la presencia de la joven era algo de lo que Pierre no hubiera podido pasarse en forma alguna.
¿Mal educada?
¡Indudablemente! ¿Quién es capaz de educar a una joven en un ambiente como aquel?
Delahaye se reía del mejor buen humor cuando le decían que Christiane le haría pasar muchos malos momentos. ¿Es que no se los hacía pasar ya? Pero cuando un hombre ha cerrado voluntariamente la puerta de esa clase de egoísmos en los que es imprescindible la presencia de una mujer, no queriendo dar a su pequeña una madrastra, es inevitable que, percatándose de su propia importancia, la hija marche por derroteros un tanto incontrolables,
Pierre había aprendido a lo largo de aquellos años a perdonar y ésta era quizá la mejor enseñanza que había recibido en su vida. Hombre de negocios intransigente, poseyendo del deber y del trabajo ideas a

la vez particulares y cerradas, las diabluras de su hija le abrían a un mundo que hubiese deseado ardientemente conocer.
¡Ah, si él hubiese sido más joven!
¿Qué se creían sus estúpidos amigos que 110 hacían más que prevenirle de los peligros que acarrearía la libertad de que gozaba Christiane? ¡Banda de cretinos! Unos años menos sobre su pellejo y él les demostraría que sabía divertirse, acompañando a su pequeña a todos los sitios que ella quisiese, formando parte de su mundo, de aquel mundo que por las conveniencias sociales, no menos estúpidas que los que las' pregonaban, estaba completamente cerrado para él.
¿Completamente?
¡Sólo a veces! Porque Delahaye, en el momento que le era posible, cuando se le presentaba una oportunidad, por pequeña que fuese, sobre todo cuando abandonaban París en estío, se unía a Christiane y ella era la que le animaba, mostrándose orgullosa de su padre que en aquellos instantes parecía haber rejuvenecido veinte años.
Desdichadamente, en París era imposible escapar y salir del callejón estrecho que marcaba la vida. Y sus amigos, demostrando un grado dé idiotez superlativa y comprendiendo la vida de una manera mucho más inmoral de lo que ellos mismos creían, no hacían, más que instarle constantemente para que tomase aquella equívoca dirección que consideraban la única posible.
« ¿Por qué no sales con nosotros una noche, Pierre?»
«Te vamos a presentar una muchacha encantadora, hija de una excelente familia y que ha manifestado indirectamente que no la desagradaría salir contigo. No puedes imaginarte qué clase de esposa haría...»
« ¿No te das cuenta de que estás muy solo, Delahaye?»
«Tu hija necesita el control de una mujer... de una madre.»
¡¡Cretinos!!
Salir de noche con ellos. ¿Cómo podrían pedirle aquello sin comprender que sería el hombre más aburrido de una posible reunión nocturna? No; prefería quedarse en casa, esperando el regreso de Christiane, pendiente de la hora, ansioso, pidiendo porque nada malo la ocurriese y, cuando oía el coche llegar, muchas veces en compañía de otros coches, asomarse por la ventana del salón, correr cuidadosamente el visillo y sentir aquel gozo cuando ella, de un ágil salto, bajaba del vehículo, se despedía de sus amigas y amigos y corría, subiendo por la escalinata del porche, deseando ya lanzarse a los brazos de su padre, que estaba segura que la esperaba para, después de haberle servido una copa, contarle detalladamente las divertidas incidencias de aquella «soirée»...
¿Qué sabían los estúpidos amigotes de todo aquello?
— ¡Papá!

Se incorporó para acercarse a la joven.
— ¿Qué quieres, Chris?
— Debíamos haber salido más temprano de casa, papá! Fíjate que aquí no puede uno moverse y... — echó una ojeada al cuentakilómetros — ¡vamos a cuarenta por hora! Si te hubieras afeitado con la máquina que te regalé, hubiésemos ahorrado más de diez minutos; pero como te gusta hacerlo con la tuya vieja...
Él sonrió, dándose cuenta de que todo aquello, todas aquellas minucias y pequeñeces de la existencia de ambos formaba la esencia de la vida, lo más encantador de ella.
— ¡Ya sabes que nunca me han convencido esos rasuradores eléctricos, pequeña! Me has regalado cada año uno y tengo en el baño un verdadero almacén de ellos.
Ella sonrió, por el retrovisor, antes de contestar.
— ¡Y yo que creía que mi papá era un hombre moderno!
También sonrió Pierre. Pero su sonrisa tenía un origen muy diferente a la de ella.
¿Cuántas veces habría dicho un hijo aquellas palabras a su padre? En todas las épocas, desde los primeros siglos, aquella frase debía haberse repetido millones y millones de veces. Y es que tales palabras son como una defensa de la nueva generación ante el valor de la anterior a la que no puede dejar de admirar, a pesar de todo, encontrando sólo aquel fútil argumento para poder atacarla...
— ¡No son modernos!
El ulular de una sirena le sacó de aquel ensimismamiento y, volviendo el rostro de forma a mirar hacia atrás, a través del amplio ventanal posterior, pudo ver que los coches que seguían el suyo se apartaban rápidamente para dejar paso a un coche de la policía.
El pasaje que iban dejando a aquel vehículo era estrecho y ponía constantemente a prueba la pericia de su conductor qué debía, a fuerza de brutales golpes de volante y freno, evitar el choque con los coches que formaban las paredes del estrecho desfiladero por donde se veía obligado a pasar.
— ¡Hazte a un lado, Chris, es un coche dé la policía!
Ella lanzó una rápida mirada por el espejo retrovisor.
— ¡Qué ocasión más maravillosa! — exclamó.
— No te entiendo, pequeña...
— ¡Ahora lo verás, papá!
Demostrando una formidable maestría y cuando el vehículo de la policía estaba detrás del «Cadillac», Christiane aprovechó el aviso de la sirena para colocarse ante el vehículo policíaco al que, realmente, iba abriendo paso. El tamaño colosal de su coche hacía que él pasaje por donde debía pasar el otro fuese mucho más amplio, por lo que el conductor del vehículo oficial debía estarle agradecido.

Pero, a pesar de todo, el chófer de la policía no vio con muy buenos ojos aquella intromisión que, en el fondo y de una manera harto sutil, no era más que una solapada burla, al menos así lo interpretaba el agente de seguridad.
La sirena bramó hasta lo indecible, produciendo un maullido ensordecedor y demostrando que los policías deseaban que el «Cadillac» les dejase paso. Mas aquella exageración no surtió sino un efecto contrario, ya qué los vehículos de delante dieron paso más rápidamente, al oír el clamor de la sirena, permitiendo al coche que conducía la joven que avanzase a mayor velocidad, para exasperación de los policías.
— ¿No vas a dejarles paso? — inquirió el padre.
— ¡Ni soñarlo, papá! Si lo hago, no conseguiremos avanzar como deseo. ¿Te das cuenta de que así conseguiremos llegar hasta la primera fila dé los coches y ver el «platillo volante» mejor que nadie?
— ¡Dichoso «platillo volante»! ¿Qué esperas ver allí? Unos restos carbonizados y nada más...
El sonido de la sirena se hizo verdaderamente insoportable. Christiane, sonriendo, no parecía ponerse nada nerviosa.
— ¡Qué estúpidos son!—dijo—. ¿Es que no se dan cuenta de que, si avanzan a esta velocidad, es gracias a mí?
Miró por el retrovisor, sorprendiendo el fruncimiento de entrecejo de su padre.
— ¿En qué estás pensando, papá? — inquirió.
— En la cuantía de la multa que van a ponernos y en la fuerza de la bronca que vamos a recibir. ..
— No te preocupes por eso. No habrá ni multa ni bronca... Hay en el coche que nos sigue un futuro amigo de tu hija...
Iba a volverse Pierre, para comprobar las palabras de la joven, cuando el coche frenó bruscamente haciéndose inmediatamente a un lado.
Habían llegado junto a la alambrada colocada por la policía...
Delahaye cerró los ojos, costumbre que tenía hondamente arraigada cuando algo desagradable iba a pasar junto a él.
Oyó perfectamente cómo él coche de la policía avanzaba por la izquierda, cómo se abría una de las portezuelas, el toser, mejor dicho carraspear de alguien que se preparaba a chillar y sus pasos, pasos pesados y qué querían imponer el «peso» de la ley.
Entreabrió los ojos, unos instantes, pudiendo comprobar que lo del «peso» era una indiscutible realidad. El hombre que estaba junto al «Cadillac» debía estar muy ¡cerca de los cien kilos y su rostro no era, sinceramente, una demostración de serenidad y amabilidad humana, sino todo lo contrario.
— ¿De quién es este coche?
Pierre abrió definitivamente los ojos.

— Mío, señor...
— Comisario jefe Renard. ¿Cree usted haber hecho una gracia, señor...
— Delahaye, Pierre Delahaye, señor comisario.
— ¡Está bien! Ya conozco su nombre y además durante todo el trayecto hemos tenido tiempo de aprendernos su número de matrícula de memoria, Señor Delahaye, tendrá, usted la amabilidad de presentarse en Jefatura, durante la mañana de mañana, a la hora que le sea más agradable. ¡Buenos días!
Christiane no había escuchado siquiera las palabras del comisario, ni contestado a los buenos días. Toda su atención se hallaba atraída por el joven que, habiendo bajado detrás del comisario, le esperaba respetuosamente a unos pasos del coche de Fierre. El joven la miraba también y una sonrisa de complicidad ornaba sus labios.
Cuando el comisario habló de la cita en Jefatura del día siguiente, el joven movió la cabeza, en signe negativo, encogiéndose después de hombros como si prometiese que aquello no tendría mayor trascendencia.
Una vez que el coche de la policía hubo pasado por la puerta de alambradas que los agentes abrieron, la atención de la joven se limitó a observar la masa brillante del aparato que había caído allí.
Tenía, efectivamente, la forma clásica de los «platillos volantes», siendo una especie de disco plateado, cuyo diámetro debía alcanzar cerca de los treinta metros.
Un cordón de observadores oficiales lo rodeaba por completo y la joven acertó a ver algunos rostros, popularizados por la televisión, de profesores de la Sorbona, entre los que destacaba, por su cuidada y recortada barba negra, Emile Dubron, uno de los más célebres astrofísicos del mundo.
Durante dos largas horas el público curioso permaneció allí esperando ver algo más interesante que la masa metálica, del «platillo», de la que ya empezaban a cansarse.
Lo que deseaban, con un ardor siempre renovado, era saber si el aparato estaba pilotado por seres de otros planetas y cómo eran. Los comentarios giraban alrededor de aquel apasionante tema, haciendo mil cabalas distintas.
Una mujer, que había conseguido llegar de las primeras, en un viejo cacharro de tipo antiguo, se dirigió a Christiane que, con su padre, habían bajado del «Cadillac» para observar mejor.
— Dicen que tienen diez brazos y dos cabezas...
— ¿Quién tiene diez brazos y dos cabezas? — inquirió la joven.
— ¡«Ellos»!
— ¿Ellos?
— Si — repuso la mujer con aire de misterio —. Uno de los policías,

que vive en mi barrio y que llegó un poco antes que yo y ha venido después a saludarme muy educado, es casi vecino mío y está cargado de chicos. Su mujer es muy simpática y muy sufrida, la pobre. En cuanto a él... ¡Ya sabe usted cómo están los hombres de hoy en día!

—Pero — interrumpió Christiane —. Estaba usted hablando de «ellos»...

— ¡Ah, sí! Pues verá, me ha dicho mi vecino que han llegado de Marte y que están dentro del «platillo» redactando un memorándum para nuestro Gobierno. Según parece, no tienen mujeres en su planeta y vienen a comprarlas aquí. ¡Fíjese qué emocionante, como en los tiempos de las esclavas!

Christiane se «fijó», efectivamente. Aquella mujer, que olía a solterona a diez kilómetros, se había forjado una de esas maravillosas historias donde la histeria juega un papel principalísimo.

Sonriendo y con una ironía formidable, la joven exclamó como si se hubiese creído todo al pie de la letra:

— ¡Tiene usted razón! Es muy emocionante. ¡Imagínese, hombres con diez brazos!

La otra sonrió beatíficamente.

CAPÍTULO II

Después de abrir el inmenso armario empotrado, que formaba una de las paredes del cuarto de baño, Pierre lanzó una desconsolada mirada a las maquinillas eléctricas que su hija le había regalado en los últimos cinco años.

Había de todas las marcas y de todos los tamaños, todas ellas preciosamente enfundadas y con las etiquetas de los establecimientos donde habían sido adquiridas.

«¡Y yo que creía que mi papá era un hombre moderno!»

Las palabras de Christiane resonaron en el cerebro de Pierre con una mayor ironía que, a pesar de todo, llegó a hacerle daño.

Lanzando un suspiro, al que acompañó una mirada severa hacia los rasuradores alineados en el estante superior del armario, la mano de Delahaye avanzó, dudosa durante algunos instantes, pasándose finalmente sobre una de aquellas misteriosas máquinas con las que había soñado toda la noche.

Abrió el estuche, sacó el aparato y lo examinó con atención preventiva, como si se tratase de algo peligroso y que fuese a estallar de un momento a otro.

— ¡Qué le vamos a hacer! — exclamó después.

Lo enchufó y con él en la mano, separada y apartada del cuerpo con un temor que rayaba en lo cómico, acercó el rostro al espejo, mirándose detalladamente el rostro como si desease verlo por última vez, antes de que el rasurador lo cubriese de magulladuras. Luego

miró hacia el viejo estuche donde reposaba su amada navaja y monologando en voz alta:
— ¡Perdóname! Sólo probaré esta vez...
Entornó los ojos, apretando, sin mirarlo, el botón que ponía en marcha las invisibles cuchillas de la máquina. Un zumbido potente llegó a sus oídos, produciéndole una nueva sensación de intranquilidad.
Alzando los hombros después, como si se preparase a un gran sacrificio que no tuviese más remedio que hacer, empezó a pasarse la cosquilleante superficie metálica por el rostro, encontrando un raro placer, al tiempo que comprobaba la desaparición de la barba.
Durante un par de minutos, mientras terminaba de afeitarse, estuvo completamente convencido que tendría que echar mano a su vieja cuchilla para acabar el rasurado. Pero, cuando su mano experta acarició el rostro en todas direcciones y comprobó la excelencia del nuevo procedimiento, lanzó una frase de admiración.
Después de limpiar la maquinilla eléctrica, contempló con cariño las otras que se alineaban en el estante.
«Me afeitaré cada día con una diferente» — se dijo.
Luego, al echar una última ojeada a la antigua navaja:
— Lo siento de verdad — dijo en voz alta —. Pero comprenderás que Chris tiene razón y que hemos de dar paso al progreso.
Salió contento de la sala de baño, silbando una canción moderna, y se vistió en un santiamén. Luego, cuando bajó a tomar el de ayuno, encontró a su hija que le esperaba ya, leyendo una revista femenina.
La besó en la mejilla, sentándose después frente a ella.
— Oye, papá.
— ¿Qué quieres, pequeña?
— Tienes que ir a Prefectura, ¿te acuerdas?
— ¡Naturalmente! Pero enviaré a Coteau, el abogado de los Almacenes.
— No es necesario, papá.
— ¿Qué quieres decir, Chris?
Ella, después de retirar hacia el centro de la mesa el servicio, encendió un cigarrillo con tranquilidad. Luego:
—Voy a ir yo a Prefectura, papá.
Pierre dejó que un trozo de «croissant» pasase lentamente a su esófago.
— ¿Puedo saber por qué?
— Porque pienso arreglarlo en seguida, sin necesidad de que molestes a tu abogado...
— Le pago para eso, Chris, para molestarle
— No importa. ¿Me dejas ir a mí?
Él acabó de beber el contenido de su taza, cogiendo después con la cucharilla los restos del bollo y del azúcar quedado en el fondo.

— ¡Si es un placer para ti!
— ¡Gracias, papá!
Se levantó, llena de aquella agilidad y frescura que tanto gustaban a Delahaye, y le dio un sonoro beso en la sien izquierda.
— ¡Hasta luego, papá!
Él dejó que ella se incorporase; después:
— ¿No has notado nada, pequeña?
Christiane le miró con detenimiento, inspeccionándole de hito en hito.
—No sé... — confesó al fin.
— No te has fijarlo bien, Chris. Si lo hubieses hecho, hubieras notado en seguida que me he afeitado con una de esas infernales maquinillas que me regalaste.
Ella corrió hacia él y tras acariciarle el rostro con vehemencia, le besó alocadamente.
— ¡Basta!... ¡Basta!... ¡Que me vas a despeinar!
— Me gusta que seas un hombre moderno, papá. Adiós.
Bajó correteando por las escalinatas del porche y se dirigió hacía su coche, un «Simca» último modelo, gran «sport» que, momentos más tarde «despegaba» del bordillo de la acera a gran velocidad.
Después de detenerse en la plazoleta, ante el edificio gris de la Sûreté y sin hacer caso de los silbidos entusiastas de los que salían, la joven subió las pocas escalinatas del porche, continuando luego por la vieja escalera que conducía al primer piso, donde estaba situado el despacho del comisario Renard.
Una vez ante la puerta, se acercó a uno de los ujieres.
— ¿El ayudante del comisario Renard, por favor?
El hombre, un viejo que debía haber servido en la policía en sus años mozos, la miró con una sonrisa burlona en 1os labios.
— ¿Cuál de los once?
— ¿De los once qué? — inquirió ella un tanto molesta por el tono de sorna que el hombre había empleado.
— De los once ayudantes.
Ella se dio cuenta de que no había pensado en ello. Pero el ujier, evidentemente dispuesto a ayudarla:
— ¿Es un joven?
— Pues verá usted... sí, era joven...
— Alto y bien formado, ¿no es así?
Ella asintió con la cabeza.
— Apuesto, además, a que tiene los ojos verdes.
— ¡En efecto! — exclamó la joven demasiado tarda para darse cuenta de que aquella respuesta era la esperada. Luego, con un tono de sospecha, inquirió —: ¿Cómo lo ha adivinado usted?
El viejo empleado sonrió:
— ¡Cosas del oficio, señorita! ¡Investigador que es uno! Además, sólo

un ciego, al «verla», se imaginaria que no es usted otro interesante «caso» para el inspector Pamelon.
— ¿Otro «caso»? ¿Qué quiere usted decir?
— ¡Nada, señorita, nada! Segunda puerta a la derecha. La conocerá en seguida por el perfume: se llama, según creo, «Dandy», y cuesta dos mil francos el frasco.
Ella sonrió divertida y, tras darle las gracias, avanzó hacia la puerta que acababan de indicarle. Llamó con los nudillos, discretamente.
— ¡Pase!
Entró.
Si, era el mismo y ella se fijó en seguida en sus ojos verdes. Al mismo tiempo aspiró con fuerza, intentando captar el perfume de que le había hablado el conserje.
— No se moleste — dijo el inspector adivinando el móvil de aquel gesto —. No he vuelto a comprarlo. Olía demasiado fuerte. ¿Ha hablado usted con Blerau?
— No sé quién es — confesó ella.
— Mi tío. Es el conserje del piso. Estoy seguro que me habrá tildado de «donjuanismo». Es una manía suya.
— Lo creo — repuso ella burlona.
Él encajó el golpe, en silencio. Luego:
— ¿No quiere sentarse, señorita Delahaye?
— Tiene usted buena memoria.
— Es una obligación tenerla. Respecto á lo dé ayer, no tiene usted por qué preocuparse. Yo...
— No he venido a hablar de lo de ayer.
Esta vez el policía no logró encajar el golpe como era debido y la miró con insistencia.
— Usted dirá, entonces — dijo con voz un tanto ruda.
— No se enfade, señor Pamelon. Ya sé que debo darle las gracias por haber convencido al comisario de que no debía dar curso al asunto.
— ¿Cómo lo sabe? ¿Ha hablado con él?
Ella imitó el tono y la voz del ujier:
— ¡Cosas del oficio, «monsieur»! ¡Investigadora que es una!
Louis rio de buena gana, abriendo paso a un clima de amistosa intimidad.
— Dígame lo que desea, señorita Delahaye. Si está a mi alcance, puede considerarlo como hecho.
— Ya lo sé y se lo agradezco. Por otra parte, puede usted llamarme Christiane. «Delahaye» es muy largo y suena, además, a almacén.
— Muchas gracias, señorita Christiane. ¿Qué puedo hacer por usted?
Satisfacer mi curiosidad, lo que quiere decir que puede hacerme completamente feliz.
— ¡Eso quisiera yo! — replicó vivamente él.

— No se salga de la carretera, «monsieur» Pamelon. Si quiere saber una cosa, interesante en este momento, en que hemos empezado una buena amistad, hela aquí: se llama Edmond Flevier, es ingeniero y físico, tiene treinta y dos años y se ha empeñado en casarse conmigo. ¿Algo más?
— Sí. ¿Y usted qué dice a ese empeño?
— Por el momento me limito a darle todas las oportunidades que me pide. Es decir, salgo con él cuando quiere y me comporto como una novia normal, ciento por ciento
— Está bien... por el momento. Dígame ahora, ¿qué deseaba de mí?
— Saber la verdad, toda la verdad y únicamente la verdad del asunto de los «platillos volantes».
— ¿Es que no ha oído esta mañana el programa Informativo de la radio-televisión francesa?
— Si; pero cuando el «speaker» empezó a «soltar» todos aquellos camelos, cerré el aparato y pensé en usted.
Él sonrió antes de contestar:
—Gracias por el pensamiento. Pero créame que yo no sé nada más que lo que ha dicho la televisión.
Abrió ella su bolso, extrajo una pitillera de platino y, cogiendo un cigarrillo, la tendió al joven, que tomó otro y dio fuego después a la muchacha.
Hubo un silencio durante el cual ella y él se sopesaron, como dos luchadores antes de lanzarse a un emocionante primer «round».
— Veamos, «amigo mío». Comprendo perfectamente que usted no pueda franquearse conmigo, de acuerdo. Pero lo que no le tolero es que me obligue a creer la sarta de incongruencias del «speaker» de la televisión. Yo misma pude ver dos camillas, al lado del «platillo volante» y bajo las sábanas los cuerpos abultaban bastante. Sí, por el contrario, oímos al locutor hablar «de restos carbonizados», pensaremos en algo mucho menos importante que lo que había encima de las camillas. ¿Qué me dice a eso?
Él la miraba con admiración... y, vamos, con admiración y basta.
— Es usted muy observadora, señorita...
— ¡Le he dicho que me llame Christiane!
— De acuerdo, señorita Christiane. Le decía que era muy observadora. Pero, de todas formas, lo que usted vio pudieron ser víctimas de la caída del «platillo volante».
— ¿Victimas? No, señor. Si las hubiese habido, la prensa, la radio y la televisión hubiesen hablado de ello. Por el contrario, el locutor habló de «dos» seres extraterrenos completamente carbonizados... y junto al aparato en que vinieron habla DOS camillas. ¿Empezamos a entendernos?
Louis dejó escapar una risa breve.

— Si el comisario Renard la oyese hablar así, la obligaría a enrolarse en la policía...
— No lo crea. Lo que ocurre es que este asunto me apasiona y que estoy dispuesta a hacer lo que sea para satisfacer mi curiosidad. Escúcheme bien; desde hace ya muchos años se está hablando de los «platillos volantes» y de sus extraños tripulantes. ¿Cómo serán?... ¿De dónde vendrán? Por mi parte, toda esa literatura me ha causado una especie de «neurosis interplanetaria» que va a llevarme a la locura si no consigo saber verdaderamente lo que ha ocurrido.
Ella se dio cuenta de que el joven empezaba a perder terreno.
— ¡Por favor, inspector Pamelon!... ¡Se lo ruego! Fíjese que solamente deseo «verlos», ya que es muy posible que ni ustedes sepan de dónde vienen.
Él se dio por vencido.
— De acuerdo, señorita Christiane.
— No me llame señorita, se lo merece usted.
— De acuerdo, Christiane... ¿La llama él así?
— ¿Él? ¿A quién se refiere?
— Al señor Edmond Flevier, ingeniero y físico que se ha empeñado en casarse con usted.
La joven se echó a reír de buena gana.
— ¡No hablemos de él ahora, señor Pamelon! Tiene usted que decirme cosas mucho más interesantes..., ¿no es así?
— De acuerdo. Pero fíjese bien en lo que voy a decirle. Debe darme su palabra de honor que no contará usted a nadie, absolutamente a NADIE, lo que va a ver y oír. ¿Palabra?
— ¡Palabra!
— Está bien. Vamos a salir. ¿Ha traído aquel hermoso «Cadillac» 17-2347-75?
— ¡Qué memoria más prodigiosa! No; ése es el coche de mi padre. He traído el mío: un modesto «Simca».
— Perfectamente. Usted saldrá como si nada, esperándome, dentro del coche, a la entrada del Louvre. ¿De acuerdo? Dentro de diez minutos estaré allí.
Ella le tendió su mano que Louis estrechó con simpatía.
El policía fue puntal. Cuando ella le vio acercarse, corrió en el asiento, dejando que él conduciese. Louis penetró en el coche y, sonriendo, lo puso en marcha.
— ¿Ha desayunado?-—preguntó en la primera parada del tráfico.
— Sí — repuso ella —. Pero si usted no lo ha hecho, podemos paramos donde desee. No soy tan impaciente como parezco.
— No lo he hecho y no lo haré. Recuerde que soy policía, pero no médico. Por eso mismo se lo preguntaba.
No le entiendo.

— Es muy fácil. Vamos al Instituto de Anatomía de la Universidad de Ciencias Antropológicas. ¿Lo entiende ahora?
— No, aún no.
— Los dos «individuos» que desea ver están en la Sala de Autopsias del Instituto. ¿Comprendido?
Por toda respuesta, ella se llevó la mano a la boca, sintiendo el sabor del café y los «croissants» que había tomado aquella mañana.
— ¿Se arrepiente? — inquirió él con tono burlón.
— ¡No! Resistiré lo que pueda. En el peor de los casos, volveré a desayunar cuando salgamos de allí.
— ¡Formidable! — lanzó él, acelerando.
Después de atravesar la amplia plaza donde estaba instalado el Instituto de Antropología, el coche, bajo la experta mano del policía, se metió por un estrecho pasaje, deteniéndose finalmente junto a una puerta de reducidas dimensiones.
— ¡Vamos!
La puerta se abrió instantes después de que Louis hubo pulsado el timbre. Un hombre, cubierto con una bata blanca, demasiado larga para él y que llevaba de una manera inhábil, apareció en el umbral.
— ¡Buenos días, inspector! — saludó haciéndose a un lado.
— ¡Hola, Levon! ¿De qué te has disfrazado? — y volviéndose a Christiane — : Pase, señorita.
Una vez dentro, Levon cerró cuidadosamente la puerta mientras la joven miraba, con cierta prevención y desconfianza el largo y oscuro pasillo que se extendía ante ella.
— ¿Han hecho ya el... «trabajo»? — inquirió Louis.
El llamado Levon movió negativamente la cabeza.
— Aún no, señor inspector — luego, en voz baja—: Desearía que se preocupase que me relevaran cuanto antes. Llevo aquí dieciséis horas y en verdad que este lugar no es nada alegre.
— Acompáñanos al fondo, Levon.
— Cuando quiera, inspector.
El otro se adelante, después de excusarse ante la joven, empezando a andar rápidamente. La distancia que le separó en seguida de los dos jóvenes, dio oportunidad a Louis para decir, en voz baja:
— Hemos tenido suerte. Si se hubiesen hecho ya las autopsias no hubiéramos visto nada.
Ella asintió con la cabeza. Hubiera deseado confesar, en aquellos instantes, que su curiosidad había decrecido tremendamente y que nada le importaba ver o no ver a los habitantes de aquel planeta al que pertenecía el «platillo volante».
El olor característico que flotaba allí estaba produciendo sus efectos en el sobrecargado estómago de la joven, que empezaba ya a sentir un incipiente mareo.

Levon se había detenido ante una puerta corrediza y doble, casi completamente constituida por grandes cristales.
— Usted primero, señorita—dijo tirando de una de aquellas puertas, al tiempo que la muchacha cerraba los ojos con fuerza.
En aquel momento. Louis la tomó por el brazo, adivinando seguramente el estado de ánimo de ella, acompañándola por la encrucijada de mesas de mármol, completamente vacías, hacia dos de ellas sobre las que yacían dos bultos cubiertos con sendas sábanas.
— Aquí es — dijo el policía.
Levon se había quedado atrás, muy atrás y con la espalda vuelta hacia los visitantes, manifestando claramente el desagrado que sentía ante aquellas curiosidades científicas.
Pamelon miraba intensamente a la muchacha, que seguía con los ojos cerrados. Dándose cuenta de que había sido una temeridad traer a la joven a aquel lugar, la agarró fuertemente del brazo, intentando volver sobre sus pasos.
Pero el inspector, como la totalidad de los hombres, desconocía la fuerza de la curiosidad femenina en general y la de Christiane Delahaye en particular.
— ¡Déjeme! — protestó ella, un tanto avergonzada de la actitud que había mostrado hasta entonces —. ¡Estaba intentando adivinar, con los ojos cerrados, cómo serían!
Pamelon sintió que no merecía, después de intentar ahorrarla un mal momento, aquélla inesperada respuesta y de un brusco tirón arrancó la sábana que cubría el cuerpo que yacía junto a ellos.
La joven lanzó un grito que sobresaltó, más que a nadie, al pobre Levon, que dio un salto formidable, volviendo un descompuesto rostro hacia la pareja.
— ¿Qué le parece, Christiane? — inquirió el policía.
¿Qué le parecía?
No hubiese podido contestar por mucho que lo hubiera deseado y, si en vez de Louis Pamelon, hubiera estado junto a Edmond Flevier, se hubiese lanzado a sus brazos escondiendo la cabeza en el pecho acogedor de su prometido y permitiéndose sollozar un poco hasta que sus nervios se hubieran calmado.
Era imposible separar los ojos de aquella visión de pesadilla, de aquel espectáculo de horror que paralizaba la voluntad como si del cuerpo monstruoso y desnudo que había sobre la mesa de mármol brotase una rara actividad hipnótica.
Christiane Delahaye hubo de confesarse que, a pesar de todo, «aquello» que estaba tendido ante ella era un hombre, una criatura humana y que poseía, físicamente, una armonía anatómica ciertamente agradable. Un amplio tórax, unas caderas estrechas, unas

extremidades bien ¡formadas y cuyos músculos resaltaban aún; en fin, un conjunto que fuera del desagrado que producía, en cualquier ser, la presencia de la muerte, podía considerarse como completamente normal.
Pero...
Todo aquello que, con un poco de buena voluntad y olvidándose del lugar, podía parecer normal, se rompía estridentemente en la cara de aquel extraño ser. Christiane había visto centenares de dibujos representando, con mayor o menor fantasía, la idea que tenían los artistas de los seres que podían habitar otros planetas. Algunas de aquellas ilustraciones, a las que acompañaban normalmente textos terroríficos, eran tremendamente desagradables.
Pero...
Nunca hubiese pasado por la imaginación de la joven que fuera posible la existencia de seres cuyos rostros fuesen tan horribles como el que estaba contemplando en aquellos instantes.
Sobre la totalidad del rostro dominaba, de una manera absoluta, la existencia de un solo ojo, de un ojo monstruoso y que ocupaba el lugar donde normalmente, de haber sido un ser terrícola, hubiese debido estar el entrecejo...
Aquel ojo, vidrioso y brillante, parecía mirar con una insistencia intolerable el rostro de la muchacha que, francamente aterrorizada, retrocedió un paso. Además de aquella monstruosa anormalidad, a ambos lados de los labios y saliendo de la boca, dos largos y afilados colmillos, que aumentaban la bestialidad de aquella cara, contribuían a proporcionar una imagen alucinante.
— ¡Vámonos! — suplicó ella.
Salieron precipitadamente de allí, seguidos por el trote miedoso de Levon, que cerró la puerta de cristales con un verdadero suspiro de satisfacción. Una vez en la pequeña puerta que daba al callejón donde habían dejado el «Simca», el policía, disfrazado de enfermero, miró suplicante a su jefe.
— ¡Señor inspector, no se olvide de mi relevo!
Louis comprendió perfectamente los naturales motivos que impelían a aquel hombre. Cualquier persona no hubiese podido resistir demasiado tiempo allí dentro.
— ¡De aquí a una hora vendrán a relevarle, Levon, se lo prometo!
— ¡Muchas gracias, señor!
El policía puso el coche en marcha y minutos después estaban entre la agitada circulación de la ciudad.
La joven seguía silenciosa, pareciendo interesarse por un brillo que, de vez en cuando, se movía ágilmente por el parabrisas.
— ¿Contenta? — inquirió él.
Ella tardó algo en contestar

— Si, «monsieur» Pamelon. Le estoy muy agradecida.
El inspector dejó pasar un poco de tiempo antes de decidirse a preguntar.
— ¿Podré verla de nuevo?
— Naturalmente. Puede llamarme por teléfono cualquier mañana...
— ¿Y...? — insistió Louis intencionadamente.
— ¿Se refiere usted a Edmond?
Él asintió con la cabeza.
— ¡No se preocupe! El día que Usted me llame, saldré con usted. Edmond lo comprenderá en seguida.
Pamelon había detenido el coche a la puerta del Louvre, en el mismo lugar en que ella le había esperado al salir de la Jefatura.
— Adiós, «monsieur» — saludó ella tendiéndole la mano.
— Adiós, Christiane. Y no olvide su promesa. No debe hablar a nadie de lo que ha visto.
— Le he dado mi palabra, «monsieur».

CAPÍTULO III

Los cien kilos, aproximadamente, del comisario Renard hicieron crujir dolorosamente los muelles de la butaca de su despacho. Pero él pareció no haber oído aquella súplica que venía de abajo y que hubiese hecho saltar las lágrimas de cualquier ebanista o tapicero que hubiere estado por los alrededores.
Pero los once hombres que estaban frente a él preferían seguir oyendo los lamentos sonoros del acero a los gritos que, desde hacia media hora, estaban escuchando en forma de la más clásica «bronca» que conocían.
— ¡No pongan esa cara de niños que acaban de hacer la primera comunión! Si les grito es porque está archidemostrado que un policía no se entera de nada si no se lo dicen con un megáfono pegado a la oreja. ¿Qué les dije cuando aterrizó ese maldito «platillo volante»?... ¡Vigilen!... ¡Vigilen!... ¡Vigilen!... ¡Abran los ojos!... No se dejen arrastrar por una imaginación digna de los lectores de aventuras para niños y déjense de pensar en habitantes de otros planetas... ¡Todo eso son paparruchas!... Cuentos para que las porteras de París puedan llenar los huecos que les deja el cotilleo con seriales sensacionales y completamente estúpidos.
»Les ordené que se mantuviesen alerta porque sencillamente, aunque aún no sabíamos nada, nosotros los de la policía debemos frotamos las meninges para buscar el «quid» que sea, aunque venga disfrazado de «platillos volantes» y todo el San Frisquin.
»Pero por lo visto, mis amados, queridos y nunca bastante elogiados «colaboradores», se han pasado la semana leyendo a los modernos Wells, a los Julio Verne de nuestro complicado siglo XXI, prefiriendo empaparse con historietas del futuro, en vez de defender los sueldos

que, tan inmerecidamente, les entrega mensualmente el Estado.
» ¡Y ya estoy harto! Harto de todos los policías de pega que me rodean, de todos los Sherlock Holmes que circulan por los pasillos de esta Jefatura, con sus sombreros echados para delante, sus ojos en blanco y sus actitudes muy a-lo-Alonzo-de-Perter-Cheney...
»Sí, señores, estoy harto de los «fíjate-y-que- pinta-de-investigador» y de los « ¿se-ha-dado-usted - cuenta - de - que - mi - mirada - lo - desnuda - rodo? Un policía tiene que tener, antes que otra cosa, cabeza, entendiendo por esa parte del cuerpo algo que sirve para otras cosas que echarse un tarro de «fijador» o ladearse el sombrero para que cualquier modistilla, sin necesidad de haber leído a Wallace, se dé cuenta, sin enseñarle la chapa, de que tiene ante ella un «pies-planos» (1).
Había encendido uno de sus tradicionales habanos, entreteniéndose en mordisquearlo, sin encenderlo, como si hubiese deseado demostrar lo que haría, si le hubiera sido posible, con el cuello de cada uno de sus inmóviles y respetuosos interlocutores.
— Mientras ustedes soñaban con marcianos y toda esa gama de hombres de seis pies y cinco cabezas — ¡ojalá tuviese yo a mis órdenes media docena da estos últimos! —los profesores de la Sorbona estudiaban, en el Instituto de Antropología nuestros «misteriosos» visitantes.
»No es que quiera decirles que todo se ha esclarecido, pero, por lo que a nosotros nos interesa, sepan, mis queridos y amados colaboradores que, según me han comunicado del Ministerio, esos seres han sufrido una operación que les ha suprimido los dos ojos, que tenían como nosotros, dejándoles uno solo...
» ¿Qué les parece?
»Pero aún hay más. Los colmillos, que tanto horror hubieran causado a las lectoras de «angustias» y «suspensos», no son más que dos piezas falsas en cuyo interior estaban instalados dos aparatos potentísimos de radio, uno emisor y otro receptor, que no utilizaban altavoces, porque los falsos colmillos comunicaban directamente con los huesos de esos hombres, realizándose la transmisión de los sonidos directamente y de forma más perfecta, como suele hacerse con los aparatos electrónicos que utilizan los sordos.
Lanzó una mirada de satisfacción a los otros.
— Todo esto empieza a demostrarnos que las cosas no eran tan terribles como se creía en un principio. Naturalmente, todo esto no hubiera importado nada a nuestros servicios si no hubiesen ocurrido otras cosas de mayor gravedad.
Ya visiblemente calmado, encendió, «de verdad», el habano, empezando a lanzar densas columnas de humo.
— Las cosas que han ocurrido, y digo «las», porque han sido dos, nos

atañen directamente y tengo la casi completa seguridad de que, si me hubiesen escuchado ustedes como yo creía que lo iban a hacer, una de ellas al menos se hubiese evitado.
»Ya les he dicho antes que todavía hay cosa que ignoramos y que los profesores y técnicos trabajan intensamente para poder esclarecerlas cuanto antes.
»Y yendo al grano directamente, voy a decirles lo que ha ocurrido. Pero antes, deseo que no surjan los archisabidos «¡Ah!», «¡Oh!» o «¡Arrea!», porque les dejo cesantes ahora mismo.
»Primero: La instalación atómica más importante, con su correspondiente pila y un notable depósito de uranio y plutonio ha desaparecido...
Lanzó una mirada terrible, pero el silencio y la disciplina fueron conservados.
»Segundo, y esto es más fantástico aún: La residencia femenina de Nantes, donde se albergaban doscientas muchachas en periodo de vacaciones, ha desaparecido igualmente.
»Sé perfectamente lo que ustedes van a preguntarme y, como siempre, prefiero que lo hagan abiertamente. ¡A ver, inspector Pamelon... ¿alguna pregunta?
— Una sola, señor. ¿Asocia usted esos acontecimientos dispares con la llegada del «platillo volante»?
Renard lanzó unas cuantas bocanadas antes de contestar.
— Su pregunta es justa, Inspector, Y, costándome mucho responderle, he de decirle que, en efecto, asocio lo acontecido con el «platillo volante».
— ¿Me permite otra pregunta, «Señor?
— ¡Adelante!
— Si los seres que conducían ese aparato han muerto, ¿cómo es posible que pueda usted asociar lo ocurrido con ellos?
—Muy fácilmente, amigo mío: Ha de saber que hemos encontrado en el interior de esa extraña aeronave, tres literas y tres asientos y, según recuerda usted, no se recuperaron más que dos cadáveres.

* * *

— ¿Allo?
— Soy yo, señorita Delahaye. El inspector Pamelon.
— ¡Ah, sí! Le recuerdo perfectamente y me imagino para qué me llama, ¿no es así?
— Efectivamente, señorita. Como usted me prometió salir a almorzar uno de estos días, la he llamado para que me diga si hoy es posible.
— ¡Naturalmente! ¿Dónde me espera?
— Eso es lo que quería decirle, señorita. Precisamente, debo salir para las afueras para realizar un corto trabajo y conozco un restaurante en los alrededores...

— ¡Comprendo! ¿Quiere que lleve mi coche?
— No es necesario. Como estoy de servicio, llevaré el mío.
— ¿No.se comprometerá, señor inspector?
Había un visible tono de sorna en las palabras de la muchacha que no pasó desapercibido a su interlocutor.
— No me pasará nada, señorita. Llevando un «ángel guardián» de su categoría, mucho menos.
— ¡Buena respuesta! ¿Qué hago entonces?
— Espéreme ahí, en su casa. Tardaré cinco minutos en llegar...
— Y esperará veinte... ¿o es que se ha olvidado de lo que tarda una mujer en arreglarse?
— De acuerdo. Esperaré lo que sea necesario.
— ¡Hasta luego!
— ¡Hasta luego!
Christiane dejó caer el microteléfono rosa sobre la horquilla y encendió después un cigarrillo mientras se quedaba pensativa.
Nunca había creído en las palabras del policía y menos en que la llamaría, tal y como prometió. Primeramente, porque un hombre con aquella profesión no es dueño nunca de su tiempo y no le conviene, por otra parte, ser visto con alguien tan conocido como la hija de Delahaye.
¡Pero, en fin, los hay cabezotas y aquel inspector parecía ser campeón de los testarudos!
Era simpático, de eso no cabía la menor duda, y mucho más atractivo y dispuesto que Edmond...
Ahora que se acordaba de Edmond. ¿Qué diablos estaría haciendo que no la llamaba por teléfono desde hacía tantos días? ¿Cuántos realmente? ¿Tres? ¡No, muchos más!... Por lo menos una semana... O quizá más...
La joven estaba acostumbrada a aquellos paréntesis de su prometido que, de vez en cuando, se hundía en el laboratorio hasta qué, hastiado y convencido de que no había nacido para descubrir nada, corría a la casa de los Delahaye, se apoderaba de Christiane y no aparecía por allí en una semana que dedicaban, sencillamente, a divertirse a su modo y manera hasta que el físico sentía de nuevo «ansia de investigación».
Mentalmente, comparó Edmond a Louis, fríamente, como sólo puede hacerlo una mujer sin lograr, no obstante, llegar a una conclusión satisfactoria.
Acabó de arreglarse y descendió como una tromba al salón de la planta principal. Su padre hacía ya tiempo, inmediatamente después del desayuno, que se había ido a dar su consabida vuelta por los Almacenes.
Acercándose a una de las ventanas, Christiane descorrió la cortina,

descubriendo inmediatamente el coche policíaco del inspector y su silueta inmóvil ante el volante.
Momentos más tarde, salió ella, viendo cómo el joven se apresuraba a hacer lo propio, haciéndola pasar al interior del vehículo tras haberla estrechado cálidamente la mano.
— ¿Dónde vamos? — inquirió la joven.
— Hacia el norte de la ciudad. Saldremos por el bulevar Barbes...
Ella guardó silencio durante todo el trayecto de calles, plazas y avenidas que atravesaron hasta salir de la ciudad, adentrándose por uno de los barrios extremos, repleto de construcciones de una planta y minúsculos y raquíticos jardines en los que jugaban niños pequeños.
La cinta negra de la carretera les acogió después. Louis aceleró al máximo y apretando el botón de la radio, dejó que una melodía intrascendente amueblase el silencio...
De repente ella, con uno de sus gestos inesperados, cerró la radio y volviéndose a su acompañante:
— ¿Va a ocuparle mucho ese trabajo del que me habló?
Él entendió mal el sentido de aquella pregunta.
— ¡Sólo diez minutos! — dijo —. Usted podrá esperarme en el coche...
Ella tuvo que aclarar:
— No me refiero a eso. Le preguntaba, por pura curiosidad, si llevaba mucho tiempo con ese trabajo.
Mirándola de soslayo, él sonrió.
— ¿No ha podido curarse aún de la curiosidad, después de lo qué vio en el Instituto de Antropología?
— ¡No sea usted tonto! Si las mujeres perdiésemos la curiosidad, no irían las cosas muy bien para ustedes.
— ¿Qué quiere usted decir?
— Lo que todo el mundo sabe. La curiosidad es el motor que impele a la mujer hacia todo… hacia las cosas bellas de la vida, hacia las emociones, hacia... los hombres.
— ¡Bendita sea entonces esa curiosidad!
— ¡Qué bromista está usted hoy!
— No lo crea. Le hablo completamente en serio. Es verdad que nunca pensé que fuésemos objeto de la curiosidad femenina.
— Entonces... ¿qué es lo que creía usted?
— ¡No sé! Quizá vaya equivocado o me explique mal. Pero siempre he creído que la mujer se acercaba al hombre por algo muy distinto que la curiosidad.
Ella dejó escapar una risa agradable.
— ¿Por el amor?
— Puede ser— repuso él con precaución.
— ¿Y qué es el amor sino curiosidad constante, amigo mío?

— Sigo sin entenderla.
— ¡Si es muy fácil! Nosotras, las mujeres, nos vemos atraídas por la personalidad de un hombre y la curiosidad nos empuja hacia él, mientras nos imaginamos cómo es. A medida que le vamos conociendo más íntimamente y que comprobamos que es como pensábamos y que además hay en él otras cosas más interesantes aún, nuestra curiosidad crece, se dilata y para satisfacerla ya no nos queda más que un remedio infalible: enamorarnos...
— ¿Y... después?
— ¿Después? Pues, sencillamente, ocurren dos cosas: o descubrimos todo lo que el hombre contiene y una vez satisfecha plenamente nuestra curiosidad lo dejamos para siempre, o nos demuestra poseer otros secretos y nos precipita irresistiblemente hacia un nuevo y definitivo estado en el que aspiramos satisfacer plenamente nuestra curiosidad.
— ¿Y... lo logran?
Jamás.
Rieron, sobre todo por el tono serlo que hablan utilizado en las últimas frases. El policía, momentos más tarde y mientras se concentraba en dirigir el vehículo por un difícil pasaje, tuvo la sensación desagradable de que estaba perdiendo el tiempo.
Se daba cuenta de que aquella mujer estaba demasiado lejos para poder alcanzarla; un muro de conveniencias, de prejuicios y un abismo económico les separaba y aunque la joven gozase de una libertad ciertamente ilimitada y que, con toda seguridad, su padre no se opondría a un matrimonio de corazón, salvo en rarísimas circunstancias, Louis tenía que rendirse a la evidencia y considerar sus esperanzas como las quimeras de un Quijote más...
Abandonando la carretera de primer orden, el vehículo torció bruscamente a la derecha, penetrando en un pintoresco camino bordeado de árboles. Pocos minutos más tarde se detenían ante una barrera de policías que parecían guardar una amplia extensión de terreno que se extendía tras ellos.
— Tenga la amabilidad de esperarme aquí unos instantes.
Ella encendió un cigarrillo y esperó pacientemente, preguntándose qué sería aquello y por qué la vigilancia era tan intensa; desde el lugar en que se encontraba el coche, podía ver grupos densos de policías uniformados que se movían de un lado para otro.
Cuando el inspector regresó, ella guardó silencio aún durante un buen rato, complaciéndose en la contemplación de aquel bosquecillo que estaba cuidado primorosamente y que nunca, hasta aquel momento, había visto.
Mirando de reojo a Louis, se percató de que el joven estaba hondamente preocupado y tuvo entonces para los policías un

pensamiento de agradecimiento, pues nunca se había parado a pensar que aquellos hombres sufriesen por los hechos que realizaban otros...
— ¿Puede usted decirme dónde vamos a almorzar? — inquirió Christiane un tanto enfurruñada.
— ¡Por Dios, señorita!... ¡Perdóneme! Me había puesto a pensar estúpidamente, olvidándome completamente de todo. Este maldito oficio llegará a convertirnos en unos seres absolutamente insociables.
— ¡Comprendo! — dijo ella, sonriéndose —. No tiene Importancia, pero le aseguro que estaba empezando a sentirme muy sola...
— ¡Soy un ineducado! Debe excusarme, señor... Christiane. ¿No me autorizó para que la llamase así?
— De acuerdo. ¿Dónde comemos?
Él lanzó una mirada hacia el extremo visible de la carretera.
— Faltan un par de kilómetros. En seguida estaremos allí. Le ruego que me perdoné otra vez. No puede usted imaginarse, aunque lo leerá en la prensa, la ¡calidad del problema que nos ha caído encima...
— ¿Puede decírmelo?
— ¡Naturalmente! No es ningún secreto. El lugar de dónde venimos «era», hace solamente veinticuatro horas, la fábrica atómica más importante de la región...
— ¡Pero, si no he visto más que un terreno llano como la palma de la mano! — exclamó ella convencida.
— That is the question! — repuso Pamelon —. La fábrica ha desaparecido totalmente como por arte de magia.
— ¿Tiene que ver algo el célebre «platillo volante»?
— Todavía no lo sabemos.
Detuvo el coche, en medio de la carretera, con un brusco frenado que no dejó de sorprender a la joven. Luego, mirándola intensamente;
— ¡Tiene usted que tener mucho cuidado, Christiane! Ya sabe que tengo una plena confianza en usted y que puedo decirle cosas que son, por ahora, un importante secreto.
Aquella elocuente mirada hizo que la muchacha se sonrojase. Había en las pupilas del joven policía una intensidad de sentimientos que no necesitaban explicación verbal alguna.
— Tiene que tener mucho cuidado — repitió él.
— ¿Se puede saber por qué, Louis? — inquirió Christiane, llamándole por vez primera por su nombre.
— Se lo voy a decir. Además de esa fábrica que ha desaparecido, una residencia femenina se ha evaporado también. Pero, por si fuese poco, once mujeres más no han vuelto a sus domicilios respectivos la última noche.
— ¿En París?
— En París.

— ¡Pero eso es horrible!
— Ya lo sabemos, pero de nada han servido nuestros esfuerzos... El Jefe cree que...
Dudaba en revelar aquel último secreto. Ella era ahora la que le miraba con creciente intensidad.
— ¿Qué cree su jefe?
— Que los raptos de esas pobres mujeres han sido hechos por el tercer ocupante del «platillo».
— ¿Un tercer ocupante? Eso quiere decir que uno de aquellos terribles monstruos que vimos en el Instituto de Antropología anda suelto por ahí. ¿No es así?
— Esa es la triste realidad.
Puso el coche en marcha, guardando un completo silencio. La joven también callaba, pareciendo interesarse por el desfile rápido del paisaje.
Finalmente, el vehículo se detuvo ante un elegante restaurante, al borde de un camino que habían tomado hacía unos instantes. Se situaron en una de las mesitas que bordeaban un jardín minúsculo y agradable. Un camarero servicial y obsequioso esperó pacientemente que eligiesen el menú, tomándolos indiscutiblemente por una pareja de enamorados que prolongarían largamente aquel tête à tête.
— Estoy pensando — dijo ella — en ese ser de pesadilla que anda libremente por las calles de París...
— No exageremos — replicó él—. En realidad, debe estar oculto en alguna parte, pues su aspecto no puede pasar desapercibido para nadie. Además, la televisión dará muy pronto una foto de los que murieron para que el público esté preparado y pueda ayudarnos a capturarlo. Pero nuestra esperanza mayor reside en las mujeres raptadas. No se puede hacer desaparecer a todas esas pobres muchachas — pues todas son jóvenes—, y, si ese monstruo las ha asesinado, sus cadáveres aparecerán más o menos tarde...
— ¡Qué horror!
— En efecto. Sin embargo y arriesgándome a que me tome por un monstruo, le diré que lo que más preocupa a los medios oficiales son las misteriosas desapariciones de esos dos edificios de los que no ha quedado ni rastro... Si se hubiese tratado de una explosión, ' hubiera quedado alguna huella, aunque se tratase de una explosión «silenciosa», lograda con algún nuevo procedimiento. Pero la tierra, un metro más allá de donde ha desaparecido uno de los muros, está como antes, sin muestra de violencia alguna y como si el edificio hubiese sido arrancado de cuajo por una fuerza indescriptible que hubiera tirado de él hacia arriba...
Ella había encendido un cigarrillo mientras la taza de café, después del agradable almuerzo, humeaba llenándolo todo de su intenso

perfume.
— ¿No estaremos siendo misteriosamente invadidos por seres de otro planeta? — inquirió.
— ¡Eso es absurdo! Desde que se ha descubierto que los que pilotaban ese «platillo» poseen una constitución perfecta y normalmente humana, esa versión no interesa a nadie.
— ¿Pero y ese único ojo y los colmillos?
— Todo se ha explicado satisfactoriamente. El ojo único reposa sobre las cicatrices de una delicada operación, cosa que demuestra la existencia primitiva de dos ojos como los nuestros. En cuanto a los colmillos, son huecos y falsos, permitiendo que se alojen aparatos maravillosos de «radio».
— Entonces, ¿qué cree usted de todo esto?
— No es difícil y, aunque la idea no es mía, sino del comisario, es la única que puede explicar satisfactoriamente todo: lo del «platillo» e incluso lo de los muertos se ha hecho para llamar la atención del público y desviar las investigaciones de las autoridades. Debe tratarse, sin duda alguna, de un grupo de sabios que han formado una banda para apoderarse de las riquezas del país en beneficio de una potencia que se oculta tras todo este escenario. Comprendo fácilmente que no podemos aún explicar todo a nuestra satisfacción, sobre todo esa «evaporación» de los edificios. Pero las investigaciones que se están haciendo en los laboratorios dependientes de la Sorbona no tardarán en contestar a muchas de las preguntas que hoy nos planteamos...

CAPÍTULO IV

En el inmenso laboratorio subterráneo, dependiente de la Sorbona, se hallaba el misterioso «platillo volante» que había sido trasladado cuidadosamente allí y que había obligado a destruir uno de los muros para poder entrarlo en el laboratorio.
También, en una sala vecina y en su correspondiente depósito frigorífico, reposaban los restos de los dos seres hallados sin vida en el aparato y cuyos cuerpos estaban siendo cuidadosa y detalladamente estudiados por los anatomopatólogos más eminentes de la Universidad de París.
Por su parte, el barbudo profesor Dubrond y su ayudante, el joven Claude Lenoir, intentaban descifrar los misterios y problemas que les planteaba el aparato caído en los alrededores de la ciudad.
Todavía no se habían atrevido a dividirlo por piezas, limitándose, por el momento, a estudiar detalladamente su estructura, pasando la mayoría del tiempo en su interior.
No obstante, ya habían encontrado material suficiente para estudiar muchas de las cosas que les preocupaban. En primer lugar, descubrieron un depósito de víveres, en forma de pastillas alargadas y

muy semejantes, por sus características externas, al popular «chewing-gum» de los americanos.
Pero el laboratorio de Bioquímica donde habían sido analizadas cuidadosamente algunas de aquellas pastillas había proporcionado resultados verdaderamente asombrosos, al demostrar que el contenido de una de ellas era suficiente para nutrir a un individuo normal durante... ¡tres años completos!...
Por el espacio ocupado por cada una de las pastillas, dentro de unos estuches metálicos, se pudo demostrar que faltaban, exactamente, tres de ellas, quedando doce más que fueron las recuperadas por el profesor Dubrond.
Aquel hallazgo y los resultados facilitados por el laboratorio de Bioquímica dieron lugar a una reunión que se celebró el día anterior y cuyos resultados estaban bien grabados en la mente de Emile y de su ayudante.
De eso precisamente discutían entonces, mientras observaban, con un respeto cada vez mayor, aquella astronave que no había librado aún sus secretos más interesantes.
— El empleo de esas tres pastillas, que fueron totalmente consumidas, demuestran, sin ninguna duda, que estos seres viajaron aproximadamente durante todo un largo año...
Las palabras del profesor Dubrond eran concluyentes y ya antes de hacer la observación que estaba dispuesto a formular, Claude, su ayudante, esperaba una respuesta categórica.
— Pudiera ser que esos seres consumiesen más alimentos que nosotros...
— ¡Imposible! — replicó Emile —, Las observaciones realizadas en su aparato digestivo son concluyentes a ese respecto y demuestran que existe una completa identidad entre la cantidad que ellos necesitan y la que nosotros necesitamos. No olvide, Claude, que esos seres son completamente iguales a nosotros...
»El abismo que nos separa de ellos es simplemente la diferencia de inteligencia y otras cosas que aún no hemos descubierto. Desde luego, están dotados de una técnica mucho más avanzada que la nuestra y nos lo han demostrado plenamente con esas misteriosas desapariciones ocurridas recientemente.
»El que un Individuo solo pueda «volatizar» construcciones para cuya destrucción sería necesaria una bomba nuclear, es algo tan convincente de su poder que no necesita más argumentos...
Hubo un silencio durante el cual los dos hombres clavaron sus miradas en el colosal aparato que tenían ante ellos. Como si pensase en voz alta, el profesor continuó hablando.
— Respecto a los materiales utilizados para la construcción de este vehículo interplanetario, no parece haber mucha diferencia con

nuestros medios. Evidentemente y después de los análisis metalográficos realizados con el trozo de puerta que enviamos al Instituto de Minerología, este «platillo volante» está hecho simplemente con aluminio, pero con un aluminio tratado por algún desconocido procedimiento que le permite no sufrir en absoluto ninguna elevación de temperatura por efecto de la fricción con el aire.

»En el túnel de ensayos para aviones, la puerta de este aparato ha sido sometida a corrientes que significan prácticamente una velocidad superior a los cinco mil kilómetros por hora. A esa fantástica velocidad, todos nuestros materiales aerodinámicos sufren dilataciones, más o menos grandes, que terminan destruyendo las junturas electrónicas de las piezas.

»La puerta de este aparato no ha manifestado la menor «molestia molecular» en las pruebas recibidas, lo que parece explicar, por otra parte, que el formidable choque no le produjo la menor rotura...

— Sin embargo, dos de sus tres ocupantes fallecieron por efecto del golpe…

Emile guardó silencio unos minutos, pareciendo no haber escuchado la intervención de su ayudante.

Después y con el mismo tono de voz que hacía creer que se hablaba exclusivamente a sí mismo:

— No estoy muy seguro que la muerte haya sido producida por un traumatismo de resultas del golpe. SI así hubiese sido... ¿por qué no murió el tercer ocupante? No hemos visto, en los asientos, dispositivo alguno de sujeción, ninguna clase de correas o cinturones que cualquier hombre hubiese dispuesto al construir una astronave de este tipo. Por lo tanto, si los dos seres hubiesen muerto por efectos del choque del aparato contra la superficie de la Tierra, el tercero debía haber sido, lógicamente, víctima del mismo accidente.

»Todavía no se han terminado los análisis de las vísceras de los cadáveres de esos dos hombres. Quizás se encuentre algo que pueda explicar su muerte, ya que no ofrecían herida alguna ni muestra de ningún traumatismo.

»Ahora vamos a seguir investigando. Haga el favor de coger el ultrascopio.

Claude se apoderó de la parte móvil, una especie de foco parecido al de un automóvil y del que partían una serie de gruesos cables que desaparecían en la superficie metálica de un aparato de colosales dimensiones y que estaba empotrado en una de las paredes del laboratorio.

En la lisa superficie anterior de aquel raro mecanismo, destacaba una pantalla cuadrada, de un metro de lado y de color plomizo, bajo la que se veía un buen número de mandos y palancas, extraños e

inexplicables.
— Páselo por lo que llamamos sala de mando...
Lenoir penetró en el «platillo» por una escalera metálica que le permitía llegar a la puerta, situada a más de dos metros de altura y desapareció en el interior sin dejar el ultrascopio. Momentos más tarde, su voz llegaba claramente hasta el profesor.
— ¡Puede usted ponerlo en marcha, señor!
Dubrond oprimió uno de los botones y un zumbido característico se dejó oír. Bajando una palanca, el profesor hizo que la pantalla se iluminase, dejando ver al principio una serie de rayas oblicuas que se movían velocísimamente y que semejaban a las imágenes ondulatorias de la televisión.
Luego, finalmente, las líneas fueron desapareciendo, dejando el paso a imágenes aún confusas y que el profesor observaba con la máxima atención.
El «ultrascopio», uno de los más maravillosos inventos del principio del siglo XXI, se basaba en una nueva teoría que venía a decir que la «presencia» de los cuerpos, durante un cierto espacio de tiempo, en un lugar, dejaba su forma en el espacio, aún cuando aquella «forma» se modificase un tanto al ser quitado de sil sitio.
El descubrimiento de esta nueva propiedad física de los cuerpos había nacido al experimentar con películas, tomadas a tremenda velocidad y donde el ojo humano era incapaz de percibir el movimiento más que de una manera confusa, ya que los objetos, al desplazarse a tan gigantesca velocidad, iban dejando marca de las sucesivas posiciones que ocupaban. Era algo así como esas fotos tomadas a móviles que se trasladan a gran velocidad y que parecen borrosos, desdoblados, mostrando una superposición de imágenes que representan todas las posiciones sucesivas que han ido ocupando en su camino.
Con el «ultrascopio» se podía ver la «huella» que un cuerpo había dejado y sabiendo interpretar esa huella se podía llegar a conocer su naturaleza. Aquel aparato se había empleado, con un éxito enorme, en las investigaciones policíacas y en la Arqueología.
Una vez las imágenes adquirieron una cierta nitidez en la pantalla, el profesor Dubrond oprimió el contacto que ponía en marcha la cámara cinematográfica que captaría, con todo detalle, las «huellas» que estaba ya proporcionando el aparato.
Media hora más tarde, con su ayudante y en la sala de proyecciones observaban atentamente las imágenes que se iban proyectando, con cámara lenta, en la enorme pantalla.
Un objeto alargado, con innumerable cables y conexiones había aparecido. La complejidad tremenda de aquello hizo que ambos hombres permaneciesen profundamente absortos durante un largo rato, intentando vanamente recordar a qué objeto humano se parecía

aquello. Las arrugas en sus frentes eran una prueba inequívoca de la tensión mental a la que estaban sometiendo sus cerebros.

— Parece... — musitó Emile.

Su ayudante se volvió un instante hacia él. Luego, al ver que el profesor se había callado definitivamente, volvió el rostro hacia la pantalla.

Fue entonces cuando, sin esperarlo, la idea penetró, con una inusitada fuerza, en su cerebro. Nerviosamente e incapaz de quedarse quieto, se levantó al tiempo que gritaba:

— ¡Ya sé lo que es, profesor! ¡Ya lo sé!

Dubrond le atrapó por el brazo, obligándole a sentarse de nuevo a su lado; después, con voz que la emoción alteraba visiblemente:

— ¿Qué le recuerda eso, Lenoir? — inquirió.

— ¡Un encefalógrafo (2), profesor, un encefalógrafo!

Casi repentinamente, Emile comprendió que el joven no se había equivocado. Con una sonrisa de triunfo, pulsó la palanca para ver las fotografías obtenidas después de aquélla. Pero, cuando apareció la segunda serie, ni el uno ni el otro tuvieron dificultad en reconocer, a pesar de lo borroso de las imágenes, lo que allí se veía.

— ¡Instrumental de cirugía! — exclamó el profesor —. ¡Es fantástico!

Aquello era, sin duda alguna, lo que se había llevado el «tercer ocupante del platillo».

¿Para qué necesitaría un encefalógrafo y el instrumental de cirugía?

Cada descubrimiento les enfrentaba con nuevas preguntas, cada vez más difíciles de contestar.

— Por hoy ya es bastante — dijo Dubrond —. Vamos a dar una vuelta por los otros laboratorios y mañana continuaremos trabajando...

El ascensor les condujo a las plantas superiores donde estaban situados los laboratorios de Química y Biología. Nada más desembocar en el amplio pasillo de una de las últimas plantas del edificio, un hombre joven y de rostro inteligente les salió al paso.

Era el jefe de análisis biológicos.

— Precisamente les estaba buscando — dijo al tiempo que estrechaba la mano a los dos hombres.

— ¿Hay algo nuevo? — preguntó Emile.

— ¡Algo nuevo y del mayor interés! — exclamó vivamente el otro —. Después de analizar las vísceras de esos dos individuos hallados en el «platillo volante», he llegado a la indiscutible conclusión de que no murieron por nada que resulte de un traumatismo en el aterrizaje...

— ¿Entonces? — interrumpió Lenoir sin percatarse de la aviesa mirada que le dirigía su jefe.

— Esos dos seres — prosiguió diciendo el otro sin hacer caso alguno de la interrupción — han sido envenenados por el tercer ocupante del aparato...

* * *

Christiane Delahaye encendió un nuevo cigarrillo mientras miraba, con cierta prevención, la pantalla de su formidable televisor donde el rostro de un actuante precedía la hora de informaciones importantes que había sido anunciada hacia poco…

Desde que había conocido a Pamelon, la joven estaba verdaderamente apasionada por lo que ya se llamaba «el misterio del platillo volante», tema que, además de ocupar la mayor parte de la información cotidiana, había sido ya cogido por el público en general y por los humoristas que no dejaban un solo día de presentar alguna de sus «chispas» en los periódicos.

Después de la desaparición de la fábrica atómica, de la residencia femenina y del grupo de mujeres, en el propio París, la actividad! posible del tercer ocupante del «platillo» se había reducido a la nada, decreciendo el interés general y aumentando el de la policía que se encontraba ante algo mucho más inquietante de lo que al principio se imaginaba.

El público tenía tendencia a olvidar pronto lo que no ocupaba en su mente una actualidad de primera línea; pero la policía y las autoridades científicas que Investigaban sin descanso aquel misterioso asunto, estaban muy lejos de tranquilizarse por la inactividad de un enemigo que había demostrado tan claramente su poder.

Que se iban a tomar medidas especiales no cabía la menor duda, ya que aunque el «tercer ocupante» parecía haber desaparecido tan totalmente como los edificios y las mujeres, su misma ausencia preocupaba intensamente a los que tenían como misión impedir que pudiese realizar mayores desmanes.

La intérprete de las canciones que se estaban televisando desapareció de la pantalla, dando paso a uno de los «speakers» más conocidos y que dependían directamente del ministerio de información.

«Buenos días, señoras y señores.

»Aquí, la Emisora Central de la radiotelevisión francesa en su emisión oficial.

»El Departamento de Seguridad Pública nos ha comunicado la siguiente nota:

»Estando completamente demostrado que la desaparición de jóvenes muchachas guarda relación con el llamado «tercer ocupante» del aparato aterrizado en los alrededores de París y mientras las actuales circunstancias prosigan, se ordena taxativamente que ninguna mujer debe salir sola en ningún momento y que después de las nueve de la noche debe abstenerse de salir aun yendo acompañada.

»Las autoridades están seguras de que el misterioso personaje no ha

salido de París y, por lo tanto, ruegan a todos los que pudiesen percibirle en cualquier momento, se dirijan rápidamente a la más próxima comisaría de policía o al agente del orden que se encuentre más cerca.
»El individuo en cuestión viene a tener un metro ochenta centímetros de altura, debe poseer un tipo común y sus rasgos, en principio, corresponden a los que se han televisado en repetidas ocasiones.
»Sin embargo, hemos de comunicar que ese «tercer ocupante» se ha llevado consigo instrumental quirúrgico con el que ha podido dar a su rostro un aspecto humano. De ahí las precauciones comunicadas más arriba, ya que puede aparecer en cualquier momento y circular entre la población sin llamar mucho la atención.
»Ignoramos cómo va vestido.
»A las instrucciones comunicadas anteriormente se unen éstas:
»Cualquier tipo sospechoso Sebe ser Inmediatamente denunciado.
»Todos los domicilios deben ser cerrados y controladas todas las visitas que se reciban.
»En los espectáculos públicos y lugares comunes de trabajo, se establecerá una red de vigilancia policíaca que se ocupará, además del control de cuantos entren y salgan, de impedir altas sin examen previo en la Jefatura.
»En los aeródromos, estaciones de ferrocarril y de autobuses con salida de París, se han establecido igualmente cadenas y redes de vigilancia, rogando a la población civil se abstenga de viajar, salvo en casos de urgente necesidad, debiendo entonces dirigirse a las autoridades locales para solicitar el correspondiente permiso de salida.
»Se espera de todos una estrecha y leal colaboración con las autoridades que, en todo momento, estarán a la disposición de cualquier ciudadano para ayudarle o aclararle cuantas dudas tenga.»
Al oír la señal acústica que indicaba que la emisión oficial había terminado, Christiane alargó el brazo y apagó el aparato. Luego, visiblemente nerviosa, encendió un nuevo cigarrillo con dedos temblorosos.
Estaba segura de que millones de mujeres, en aquellos instantes, debían experimentar la misma angustia que acababa de apoderarse de ella.
El peligro, que antes era concreto y fácilmente reconocible, se había convertido en algo tremendamente difícil de señalar, ya que aquel misterioso ser podía aparecer, bajo la apariencia de un ser humano cualquiera, confundiéndose en la calle o en cualquier sitio, con cualquier criatura.
Inmediatamente y como consecuencia de la marcha da sus ideas, que no podían considerarse como verdaderamente optimistas, la joven se

encontró demasiado sola, y salió de la estancia con la idea de dirigirse hacia el ala izquierda de la mansión, donde los criadas se alojaban.
Deseaba sentir el tibio contacto humano, hablar con gente, de cualquier cosa por intrascendente que fuese; sentir, de cualquier modo, la presencia ele otros seres conocidos y en los que podía confiar sin miedo alguno.
Si aquél era su mayor deseo, la suerte le favoreció.
— ¿Ocurre algo, Charles?
El hombre se inclinó ceremoniosamente antes de contestar.
— Una visita para usted, señorita Christiane.
— ¿Quién es?
— «Monsieur» Edmond Flevier, señorita,
— ¡Edmond! — exclamó ella con sincera alegría —; ¡Hágale pasar en seguida. Charles!
— ¿A dónde, señorita?
— Al salón de abajo. Y prepare algo para obsequiarle... ¡se lo merece!
Descendió, de cuatro en cuatro, los escalones que conducían al «hall», al que daban los saloncitos laterales, penetrando velozmente en el que debía recibir al joven.
Estaba contenta, tremendamente contenta de que fuese precisamente Edmond el que viniese en aquellos momentos en que necesitaba tanto la compañía de un amigo. Ni siquiera la visita de Pamelon, por el que sentía una sincera simpatía, la hubiese colmado de tanta dicha, ya que con el policía no tenía la confianza que con Flevier, al que podía decirle tranquilamente todo y confesarle la dimensión exacta del miedo que sentía.
Edmond penetró en el salón, sonriente corno de costumbre, y ella, a pesar de que se había prometido quedarse tranquilamente sentada, se levantó del asiento, corrió al encuentro del muchacho y se abrazó nerviosamente a él, mientras un comienzo de sollozo se forjaba en su garganta.
— ¡Oh, Edmond, amigo mío!... ¡Qué contenta estoy de que hayas venido!
Él la empujó suavemente, haciéndole sentarse en el sillón donde estaba y tomando, a su vez, asiento en otro, frente a ella.
— ¿Qué te ocurre, Chris? — inquirió él.
La joven se secó el asomo -de lágrimas que humedecían sus ojos, mientras una sonrisa entreabría ligeramente su boca y ponía una luz traviesa en sus pupilas.
¡Tienes un corazón muy duro, Edmond! ¡El corazón más duro que jamás he conocido!
Flevier pareció asombrarse y, enarcando las cejas, inquirió:
— ¿He hecho algo terrible?
— ¿Te parece poco? — se indignó ella —. ¡Tres semanas sin

telefonearme, sin enviarme una sola palabra y, mucho menos, sin venir a verme! ¡Encima me pregunta el muy osado si ha hecho algo terrible!
— He estado trabajando en el laboratorio — repuso Flevier con aquel tono tímido en la voz que tanto agradaba a la muchacha.
— ¿Y no podías haber elegido otros días para estudiar? ¿Es que no te has enterado de lo ocurrido?
— Solamente hoy, Chris. Ya sabes que, cuando me encierro, no salgo para nada y Berthe me sirve las comidas en el mismo laboratorio. Esta mañana, mientras desayunaba, puse en marcha la televisión y me enteré de lo ocurrido. Además, leí toda la Prensa atrasada...
— ¿Y... qué te parece?
El joven tardó algún tiempo en contestar.
— No lo sé exactamente — dijo—. Lo primero que voy a hacer es ir a ver al profesor Dubrond para charlar un rato con él. Desearía que me contase lo que ha descubierto.
— ¿Crees que son habitantes de otro planeta?
— Es difícil contestar a esa pregunta. La existencia de los «platillos volantes» es un hecho. Pero de ahí a que un pueblo extraterreno se atreva a presentarse aquí, hay mucha diferencia. Todo eso de las invasiones interplanetarias es cosa de la imaginación de los novelistas...
— Entonces... ¿qué se propone ese «tercer ocupante»?
— Esa es la pregunta que todos nos hacemos. Contestarla significaría acabar con las dudas y conjurar el peligro. Según he leído, la opinión de la policía es que se trata de un grupo de sabios ambiciosos que desean apoderarse de toda nuestra riqueza atómica...
— Sí, esa es la opinión del comisario Renard.
— ¿Cómo lo sabes?
— Conozco a uno de sus jóvenes ayudantes. Fue él quien me permitió Ir a ver los cadáveres de esos... lo que sean.
— ¿Tú los has visto? — preguntó él francamente horrorizado.
Christiane sonrió con un brillo de orgullo en sus hermosos ojos.
— ¡Naturalmente! ¿Y por qué no?
— Eres demasiado atrevida. ¿Es que no te has dado cuenta del peligro que corren las mujeres?
— No creo que ese «tercer ocupante» se atreviese a atacarme en compañía de Louis...
Flevier se dio cuenta del tono de la voz de la muchacha al pronunciar el nombre de aquel desconocido. Fruncido el entrecejo, la miró fijamente.
— ¿Debo tener celos de ese superhombre?
Ella se levantó y acercándose pasó la mano por los cabellos de Edmond. Luego inclinándose le besó en los labios.

— Tú sabrás — dijo con un tono misterioso y encantador a la vez.

CAPÍTULO V

El salón estaba repleto de sillones, un tanto distintos, ya que hablan sido cogidos al azar de otros salones para poder recibir a todos aquellos que habían sido convocados

Leroy, el ministro del Interior, estaba detrás de su, imponente mesa de despacho que había hecho trasladar allí. En aquel preciso instante, guardaba silencio contemplando a los que habían llegado los últimos y que estaban tomando asiento.

Esperó unos minutos más, procurando guardar una postura digna y saludando levemente con la cabeza a los que no lo había hecho aún. La circunstancia de que todos los ojos de los presentes estuviesen clavados en él le azoraba un tanto, ya que el ministro era, en el fondo, un hombre eminentemente tímido y enemigo de una excesiva publicidad o de una indiscreta popularidad.

Carraspeó un poco antes de comenzar a hablar, más para encontrar las palabras que deseaba que para reclamar la atención de los presentes.

— Señores — empezó a decir —, me he permitido alejarles de sus importantes trabajos para comunicarles algo de primera importancia y, como Ustedes deben estar informados de la marcha del asunto que interesa a Francia más que ningún otro, voy a dar lectura al mensaje que se ha recibido en este Ministerio en las primeras horas de esta mañana...

Abrió la carpeta que tenía ante sí, y extrajo de ella un papel que llevaba aún las huellas de los dobleces obligados para caber en un sobre. No fue difícil para los que estaban cerca de él percatarse de que sus dedos temblaban ligeramente.

—El mensaje dice así: «Creemos ya llegada la hora de explicar nuestra presencia en la Tierra. Hasta ahora no hemos hecho más que unas pequeñas demostraciones de nuestro poder, de modo a significar la inutilidad de cualquier esfuerzo para detener nuestros proyectos. Pero, como al parecer los habitantes de este país se niegan a entender nuestro lenguaje, que no han interpretado en modo alguno como nosotros deseábamos, enviamos este mensaje a los miembros del Gobierno, exigiendo una respuesta antes de las veinticuatro horas de su recepción.

»De todas formas, deseamos explicar de una manera definitiva nuestro origen y naturaleza para impedir la serie de absurdos equívocos a los que ha llegado la pobre inteligencia de los habitantes de este Planeta, a pesar de las evidentes pruebas que les hemos dado...

»Hemos llegado de Venus mis compañeros y yo; somos, pues, venusianos. Yo represento a Su Majestad Stolo y en su nombre exijo

que las cláusulas más abajo escritas sean respetadas y obedecidas sin demora. Una negativa puede provocar catástrofes que reducirán a la nada cualquier tentativa de resistencia.

»He aquí las órdenes de Su Majestad:

»Primero. — Un cincuenta por ciento de la población femenina de todas las grandes ciudades será dirigida hacia un punto que se consignará en un segundo mensaje.

»Segundo. — Los obreros, técnicos y fuerzas policíacas concentradas en las industrias atómicas, abandonarán dichos lugares inmediatamente.

»Tercero. — Asimismo, las tropas concentrarán su material de guerra en los cuarteles, abandonando éstos una vez hayan terminado su trabajo, sin llevar consigo ni la menor arma.

»Cuarto. — El Gobierno dará las órdenes pertinentes para que se cumplan exactamente todas estas instrucciones, quedando a disposición de las autoridades venusianas que .dentro de poco, aterrizarán en la Tierra.

»Quinto. — El Gobierno de este país se abstendrá de pedir ayuda a otros Gobiernos de la Tierra, acción que provocaría una serie de medidas implacables contra este país».

El asombro se pintaba en todos los rostros. Hasta entonces los hombres allí presentes, aun los mismos sabios y profesores que habían sido convocados, se consideraban relativamente seguros mientras iban elaborando sus hipótesis más o menos ciertas.

Pero aquella manera brutal de descubrir la verdad les paralizaba por completo, ya que aunque coincidía con muchas de sus teorías, diametralmente opuestas a las de la policía, no hubiesen llegado jamás a creer que se trataba de una verdadera invasión...

En contra de lo que el ministro esperaba, un silencio completo siguió a sus palabras; un silencio que demostraba palpablemente la potencia de la reacción que se había producido en los hombres allí presentes.

Un tanto molesto, Leroy, aprovechando el silencio, dejó caer unas palabras que compendiaban sencillamente lo que acababa de decir.

— Eso es todo, señores.

La natural reacción fue apareciendo lentamente, al tiempo que las ideas se abrían paso en las mentes que la lectura del fantástico mensaje había hundido en la más profunda perplejidad.

Fue primero un comentario suelto, que no consiguió respuesta; luego, una frase de Indignación o una pregunta angustiosa, terminando después en una serie de acaloradas discusiones que estallaron repentinamente como una borrasca de protesta.

Leroy reclamó silencio, contento en el ¡fondo de que sus palabras hubiesen al fin provocado la reacción que esperaba.

— Señores — dijo cuando logró el silencio deseado y necesario—;

soy ahora yo el que deseo conocer la opinión de ustedes, ya que ha de ser la que pesará en la actitud del Gobierno ante este inesperado estado de cosas. Desearíamos primero conocer la opinión de la ciencia. Por favor, profesor Dubrond.
El interpelado se levantó rápidamente de su asiento.
— Como usted ya sabe, señor ministro, nuestros informes señalaban ya la posibilidad de que esas criaturas encontradas en el «platillo volante» perteneciesen a otros planetas. Infinidad de detalles técnicos, estudiados en el aparato que les ha traído aquí, así como sobre los cadáveres de los dos tripulantes muertos, guiaron el espíritu de nuestros informes, en los que nos separábamos decididamente de la versión oficial...
»De todas formas y como no estamos aquí para lanzarnos reproches inútiles y completamente fuera de lugar, deseo manifestar dos cosas que pueden pesar sobre la decisión final que el Gobierno tome frente a este espinoso asunto.
»Primera: no hay que olvidar que los venusianos tienen indudablemente graves problemas que les dividen y que podemos utilizar a nuestro favor: un ejemplo de lo que digo es el acto de envenenamiento que el «tercer ocupante» infringió a sus dos compañeros.
»Segunda: un estudio detenido de los materiales del «platillo» pueden conducirnos a conocer los efectos de nuestras armas sobre los blindajes venusianos, aclarándonos la importante cuestión de si podemos o no hacerles frentes.
»Nada más señores».
— Oigamos ahora — siguió diciendo el ministro —, ya que nos es necesario, la opinión del general Tobelin, jefe de nuestro Estado Mayor.
Éste se levantó de su asiento, tosiendo con fuerza antes de hablar.
— Me parece, señores — dijo —, que las últimas palabras del profesor Dubrond encierran una posibilidad magnífica y propongo que, a la mayor velocidad posible, se hagan las pruebas de nuestras, armas, sobre ese «platillo». Su resultado nos aclarará, más que inútiles debates, nuestras posibilidades frente a esos venusianos.
Se levantó después, a requerimiento de Leroy, el jefe de la Policía, comisario general Renard.
— A pesar de toda la evidencia que nos ha traído ese mensaje que Su Excelencia ha leído antes, nosotros debemos seguir tratando el asunto dentro de la línea de lo criminal. Proponemos, pues, una serie de medidas de seguridad interior, encaminadas a la captura de ese «tercer ocupante» que sigue siendo, por el momento, el único peligro concreto que nos amenaza.
»El Ejército podrá ir preparando la defensa del país, pero nosotros, la

policía, proseguiremos nuestras investigaciones, pues si lográsemos capturar al venusiano, podríamos conocer a la per Cocción sus poderes y sus planes.
Leroy se levantó como si desease dar por terminada la reunión.
— El Gobierno va a estudiar una petición de ayuda a los demás países, en vista del peligro común que amenaza a la Humanidad entera. Necesitamos la colaboración de las demás naciones y la tendremos. Por otra parte y en combinación con la policía, impediremos que nuestras mujeres corran el menor peligro.
»El rapto de todas las qué, por desgracia, han desaparecido, es una de las incógnitas que aún no hemos logrado resolver. De todas maneras, esperamos que cada uno de nosotros cumpla bien y rápidamente su deber.
»Por el momento, el peligro no pasa de este mensaje, siendo puramente teórico. Veinticuatro horas es un tiempo demasiado corto para cumplir todo lo que deseamos hacer. Pero, de todas formas, pidamos a Dios que nos ayude y confiemos en que la vieja Humanidad sabrá salir airosa de esta intrusión extraña que la amenaza.
»Antes de terminar, voy a darles el nombre que nuestro enemigo ha colocado al final del mensaje, a modo de firma. Se llama: KOPHO, el Venusiano».
El profesor Dubrond, al que su ayudante esperaba en la puerta del Elíseo, corrió velozmente hasta su coche, lanzándose como una exhalación hacia los laboratorios de la Sorbona.
— Necesitamos detalles inmediatos sobre la constitución exacta de los materiales con que está construido el «platillo». Además, hemos de entregar al ejército algunas porciones lo suficientemente grandes para que puedan hacer ensayos en el polígono...
Con un brutal frenazo el vehículo se detuvo a la puerta de la Sorbona.
El viejo profesor, demostrando una inesperada energía, subió los escalones a gran velocidad, siempre seguido por Lenoir, hasta los ascensores que les condujeron a las plantas subterráneas, donde estaban situados los laboratorios.
Una vez allí, ya nada más atravesar la puerta, quedaron como petrificados.
¡EL PLATILLO VOLANTE HABÍA DESAPARECIDO!

* * *

Venus, segunda Era, año 3465...
Stolo, el monarca que había logrado unificar definitivamente las tierras venusianas bajo su mandato, estaba pálido, con los puños cerrados y la mirada vaga, como si contemplase algo que estuviese muy lejos...
Ante él, erguido y solemne, se encontraba Ophonm, el sabio director del más maravilloso laboratorio de biología y Ciencias médicas que

hubiese podido soñarse.
Dentro del cerebro de aquel hombre privilegiado, las ideas y las teorías más estupendas habían hecho posible, en los últimos cuarenta años, que la vida siguiese en Venus lo que había sido en tiempos remotos.
Las modificaciones atmosféricas y una serie de cambios en las altas capas protectoras contra los rayos solares estuvieron a punto de borrar la vida del Segundo Mundo, después de haberla extirpado violentamente, dos millones de años antes, de la superficie de Mercurio, el abrasador Primer Mundo de los Grandes Mundos.
Gracias al desarrollo de la biología en los venusianos y, sobre todo, al excepcional cerebro de Ophonm, pudieron mantenerse en un planeta que recibía demasiado directamente los rayos solares y multitud de radiaciones destructoras que antes se quedaban en las capas ionizadas de la atmósfera.
Ésta se había vuelto pobre en oxígeno, pero los venusianos se fueron adaptando a las nuevas condiciones respiratorias y no era aquel el problema más grave. Dos cuestiones, las más importantes, fueron las que pusieron a prueba el cerebro del director de los laboratorios de biología; uno de ellos era la intensidad de la luz que, al desaparecer casi totalmente las nubes, se hizo irresistible, intolerablemente cegadora.
Ayudado por más de cien mil cirujanos, Ophonm se lanzó a la más gigantesca campaña quirúrgica que se había hecho jamás, convirtiendo los dos ojos normales de los venusianos en uno sólo, situado en el entrecejo y dotado, al mismo tiempo, de la visión estereoscópica de que antes gozaban por medio de su aparato óptico binocular.
Fue aquello un éxito fantástico, ya que supo injertar un segundo párpado transparente, encima de la córnea, que detenía las radiaciones peligrosas y que hubiesen destruido indudablemente la retina.
Al desaparecer casi totalmente el aire, los sonidos se fueron perdiendo poco a poco, ya que no existía casi el «medio» de trasmisión que les hacía ser sentidos.
También tuvo Ophonm que lanzarse al estudio de aquel mundo suyo que se estaba volviendo sordo. Ensayó muchísimos procedimientos, viéndose finalmente obligado a utilizar sonidos producidos por la electricidad y que salvando el lento movimiento de los, sonidos corrientes — unos trescientos metros por segundo — pudiesen cabalgar sobre ondas que marchasen a una velocidad superior salvando así las dificultades del ambiente.
Resolvió total y felizmente el problema adaptando a cada individuo un aparato trasmisor y receptor de radio y que fijó por medio de dos

falsos colmillos a los huesos de la cara, facilitando así el camino que llevase los sonidos hasta el oído.
Aquel era el hombre que estaba inmóvil ante el monarca.
Stolo permanecía también inmóvil, como si desease concentrarse en el análisis de la nueva y terrible amenaza que caía sobre su pueblo, como una tremenda plaga, desde hacía un par de años.
De nada había servido la ciencia de su colaborador allí presente. La nueva cuestión parecía totalmente insoluble y los medios científicos de los venusianos no estaban a la altura de resolver aquel pavoroso problema que amenazaba directamente la existencia de la vida humana en el planeta. Venus parecía un mundo caduco.
— ¡Vamos! — exclamó sin atreverse a mirar directamente al sabio.
Atravesaron un salón, tomando después un ascensor que les condujo a las zonas subterráneas donde estaban instaladas casi la totalidad de las nuevas viviendas venusianas, para lograr huir de los mortales rayos solares.
Ya llegados, se fueron al Departamento de Estadística Médica, que dependía de los laboratorios que dirigía Ophonm. Se detuvieron ante los fantásticos cerebros electrónicos que contaban las muertes y llevaban así una estadística de la población venusiana perfectamente correcta.
Cuatro columnas donde los números se movían constantemente, se levantaban ante los «aparatos calculadores». Dos de ellas pertenecían a los varones y expresaban nacimientos y muertes. Las otras dos proporcionaban idénticos datos para las mujeres.
Nada más observar aquellas columnas, podía percatarse cualquier observador en unos instantes de que la que marcaba la muerte de los individuos de sexo femenino se movía a velocidad verdaderamente impresionante. Daba pavor ver con qué ritmo loco saltaban las cifras, con un temblor constante en las filas de las decenas y un vértigo en la hilera de las unidades.
Aquello demostraba, de una manera individual, la gravedad de un problema cuyo misterio no se había logrado hallar toe vía. Muchas hipótesis se habían lanzado desde que se produjo, pero ninguna logró, tu ser llevada a la práctica, resultado alguno.
¿Por qué morían así las mujeres de Venus?
A aquella pregunta obsesionante hubiese deseado ardientemente contestar Ophonm que miraba, con su único ojo brillante, el alocado movimiento de las cifras que para él significaban, ante todo, el ¡fracaso de una ciencia en la que creía ciegamente.
Desde hacía poco más de un año, una misteriosa plaga estaba acabando con el elemento femenino del planeta, destruyendo cualquier idea optimista de conservación de la especie humana allí. No cabía duda alguna que de seguir así, al cabo de muy pocos años,

la vida se extinguiría en Venus, en medio de un final que sólo los varones viejos podrían contemplar.
De nada habían servido los ensayos llevados a cabo en todos los laboratorios del reino, de nada el premio colosal que Stolo había prometido al que lograse detener aquella terrible desgracia. Las mujeres seguían muriendo tan misteriosamente como al principio y mucho más rápidamente que antes.
Para un venusiano como Stolo, que amaba sinceramente a su pueblo, aquello iba convirtiéndose en algo intolerable y que le perseguía como una obsesiva pesadilla de la que jamás lograba escapar.
Hacía muy pocos días que recibió la visita de otro sabio, mucho más joven que Ophonm, y sonaban aún ’as palabras de aquel hombre en sus oídos; palabras audaces y fantásticas que resultaban ser la única solución posible al problema que el destino había planteado al pueblo venusiano.
Ahora, mientras contemplaba aterrado la marcha vertiginosa de las cifras que expresaban la real magnitud de la catástrofe que estaba cayendo sobre sus súbditos, Stolo no dejaba de escuchar, con la imaginación, las palabras de aquel joven sabio que demostraba pertenecer a una nueva línea venusiana al atreverse a proponer a su Monarca una acción violenta.
Porque, desde hacía muchos años, los venusianos habían condenado definitivamente la violencia en todos sus actos, penetrando definitivamente en una Era de Paz que había inaugurado el abuelo de Stolo, primer miembro de la dinastía que reinaba ahora en Venus.
Y, sin embargo...
El joven sabio había hablado con elocuencia, pero al mismo tiempo con la serenidad de quien plantea un simple problema matemático que no ofrece más que una solución. Por eso, al presentarlo de tan implacable manera, había osado hablar a Stolo de cosas que éste conocía y que no dejaron de influir en su mente.
A través del tremendo espejo de uno de los telescopios, contempló arrobado por la emoción aquel Tercer Mundo, dotado de una maravillosa atmósfera, de una densidad tal, que ninguna clase de radiación mortífera podía llegar hasta su superficie.
Allí estaba, flotando en el Espacio, con su bellísimo color azulado, un mundo misterioso que ofrecía el cobijo de su atmósfera como un regalo maravilloso de la Creación.
Mirando las cifras que iban vertiendo los cerebros electrónicos, el Monarca estaba viendo, en realidad, aquel globo pétreo que flotaba muy cerca de Venus; de un Venus agonizante, como otros tantos mundos, en el misterioso destino de los astros.
Las palabras del joven sabio sonaban bellamente en los oídos del rey, despertando en él, no solamente la ambición, sino el deber de salvar a

su pueblo...
Se volvió a Ophonm.
— Avise a Kopho. Dígale que deseo verle inmediatamente.

* * *

Kopho, en el centro de la colosal reunión, estaba sencillamente radiante...
¡Había triunfado!
¿Desde cuándo había nacido aquel proyecto en su mente? No era demasiado difícil fijar la fecha. Ahora, mientras escuchaba los argumentos utilizados profusamente por los miembros pacifistas del Senado, con un oído distraído, sabiendo perfectamente que, a pesar de todo aquello, saldría plenamente vencedor, pensaba en el pasado, en aquella época...
Había trabajado intensamente, sin dar tiempo a que sus escrúpulos, que logró vencer con cierta facilidad, pudiesen empañar la realización de lo que él consideraba como el primer y principal paso hacia lo que soñaba.
¡El CINETÓGENO!
¿Qué dirían aquellos que hablaban ahora como loros si supiesen lo que había descubierto Kopho?
De triunfar ahora, tan plenamente como lo creía, su invento iba a darle un poder ilimitado; algo que el mismo monarca no se hubiese atrevido a soñar jamás.
Las discusiones fueron perdiendo interés y todos los obstáculos y cortapisas que los «ultrapacifistas» intentaron colocar ante su plan fueron derrocados por el mismo monarca, que ya estaba envenenado profundamente con las atrevidas ideas de Kopho.
Así, cuando Stolo se levantó de su asiento para hablar, Kopho no pudo por menos de esbozar una sonrisa.
— Señores — empezó a decir el monarca —, he oído atentamente todo cuanto me habéis dicho en nombre de las ideas que los miembros de mi dinastía impusieron a la civilización corrompida y belicosa que nos precedió.
» ¡Imaginad mi congoja al oír, para defender algo completamente indefendible, las palabras que considero más sagradas y gracias a las cuales hemos logrado levantar del polvo de la desunión un pueblo como el nuestro...!
»Pero, cuando la gravedad del destino se enfrenta con nosotros, cuando la desaparición total de la vida sobre nuestro Planeta no es ya más que una cuestión de tiempo, cuando todo lo que hemos forjado con trabajo y sacrificio está a punto de disolverse en la nada, todas esas queridas palabras desgraciadamente no nos son de ninguna utilidad.
»Sólo me autoriza a decir esto tan crudamente mi conocido espíritu

pacifista que vosotros conocéis perfectamente. Podría aducir cuantas pruebas fueran necesarias, pero solamente una habrá bastante par: que no olvidéis la posición de quien, por mano del destino, ha regido los vuestros en estos últimos azarosos años.

»Ha sido siempre nuestra política una política de paz. A pesar de poseer los medios de movernos en el espacio, gracias a nuestras poderosas astronaves; a pesar de haber hecho algunas observaciones en los planetas que nos rodean, de haber echado una ojeada al Primer Mundo, al Segundo Mundo y llegado hasta el Tercero, jamás ha pasado por nuestra imaginación el atacarles, ni aun el aterrizar en ellos para sembrar de pavor unos pueblos que no han llegado a poseer una civilización de la altura de la nuestra.

»Nuestros «platillos volantes» son conocidos, con toda seguridad, por los seres que habitan el Tercer Mundo. No es ésta la primera vez que hemos sobrevolado sus ciudades, sus campos y sus mares, hasta darnos cuenta de que se trata de gentes guerreras, muy semejantes a lo que los venusianos éramos hace ya mucho tiempo.

»De lo que pueden estar seguros es de que jamás nos hemos inmiscuido en sus vidas, en su actos, limitándonos a observarlos curiosamente, sin otro afán ni idea que la de estudiarlos y sacar beneficioso producto al comparar su vida con la nuestra.

»Pero ahora, mis queridos miembros del Consejo, algo nos empuja a romper aquella manera de ser que tanto nos ha enorgullecido. Ya sé que de la misma forma que la repugnancia a la violencia inunda mi corazón, lo hace en el vuestro. Mas, si nos paramos un poco a meditar sobre nuestro tremendo destino, estoy seguro de que en el fondo de vuestras almas hallaréis la fuerza que a mí me impele a romper circunstancialmente con nuestra conducta de siempre

»Las mujeres de Venus se mueren...

»Esa espeluznante realidad no se presta a equívocos ni a lamentaciones inútiles. Todos vosotros sabéis perfectamente los esfuerzos que se han hecho para dominar ese horrendo mal que amenaza con destruirnos. Nada han logrado nuestros desveles ni nuestros trabajos. El mal sigue ahí, junto a nosotros, demostrándonos lo implacable de un destino contra el que hay que luchar utilizando sus mismas armas...

»Afortunadamente, hay uno entre nosotros que está dispuesto a conseguir lo que necesitamos. Sus promesas han sonado en mis oídos como la mejor música que haya oído jamás. Él ha llegado con las palabras de esperanza, cuando nosotros nos hundíamos en un pesimismo sin salida...

»Kopho es uno de los nuestros... ¿quién no lo conoce? Quizá lo halléis un tanto alejado de nuestros principios, pero pensad que es joven y que debe vivir mucho aún para serenar el hervir de su potente

cerebro de hombre de ciencia.
»Él se compromete, bajo solemne juramento, a enviarnos, desde el Tercer Mundo, las mujeres que necesitamos. También ha estudiado la forma de mantenerlas aquí. Es un procedimiento costoso, pero nosotros daríamos cualquier cosa para que nuestra noble raza prosiga en el Planeta hasta el final, un final lógico, no el que nos es hoy impuesto con tanta maldad...
»Kopho va a salir rumbo al Tercer Mundo, acompañado por mis dos hijos. Al hacer esto al enviar a mis propios hijos en esta importante misión, deseo demostraros que nada malo me empuja a ello y que me veo obligado, en contra de mi voluntad y mis principios, a robar a los habitantes del Tercer Mundo algunas de sus criaturas, para poder mirar hacia el futuro con una sonrisa de esperanza, pensando siempre en nuestra especie.
Guardó silencio durante unos instantes antes de proseguir.
— Al enviar en esta expedición a mis hijos, no solamente deseo demostrar mis favorables disposiciones hacia ella, sino que les he entregado poderes suficientes para que jamás hagan otra cosa que la que les ha sido encomendada.
»Deseo no pasar un solo milímetro de la línea de conducta que he trazado a esta expedición. Una vez logren enviarnos, por un procedimiento inventado por Kopho, la cantidad de mujeres del Tercer Mundo que necesitamos, deben regresar a Venus sin alterar, dentro de lo posible, el orden de los que viven allí.
»Me duele horriblemente tener que causarles un mal que nunca acertarán a comprender, pero la necesidad nos empuja y es posible que un día no lejano, cuando haya pasado cierto tiempo podamos devolverles el bien que, sin saberlo, nos han hecho.
»Porque no puedo dejar de pensar que un día pueden los habitantes del Espacio vivir en paz y unirse en la desgracia para ayudarse mutuamente. No quisiera que Venus quedase atrás en esta empresa y os prometo solemnemente que una vez hayamos vencido esta situación deplorable, nos lanzaremos al estudio de la Importante cuestión que acabo de formular.
»Nada más.»
Un silencio intenso y cargado de esa tristeza que proporciona una forzosa acción a la violencia, cuando se vive íntimamente en paz, se produjo entonces.
Sólo Kopho hacía esfuerzos para no soltar la satánica carcajada que hervía en su pecho y hubo de morderse los labios, con inusitada fuerza, para evitar que su alegría sonase como el más lúgubre de los sonidos en el recogimiento ejemplar de la sala...

CAPÍTULO VI

Francia entera estaba bajo un estado marcial, controlados todos sus

caminos y reducidos al mínimo los grandes movimientos de gentes, para evitar la desagradable sorpresa que se esperaban de un momento a otro.
Una reunión internacional, en la sede del organismo ya fundado hacía tiempo: la D.C. I. E. — Defensa Contra Incursiones Espaciales — tuvo lugar a requerimiento de las autoridades galas y en ella se llegó al rápido acuerdo de prestar ayuda de control espacial y aérea de defensa a Francia.
Seiscientas escuadrillas de aparatos de nuevos tipos, que podían alcanzar fácilmente trescientos kilómetros de altura y volar, por lo tanto, dentro de la zona de atracción lunar y aterrizar en la base instalada en el satélite y servida por una representación voluntaria de todos los países y dotada de elementos de repuesto y carburante nuclear para el servicio de las astronaves.
La base selenita fue dotada de material de defensa, sobre todo de cohetes dirigidos con carga atómica, temiéndose que la primera fase de la temida invasión venusiana empezase en el satélite, maravilloso punto de apoyo para atacar el planeta...
La concreta idea de un peligro que había de llegar por el espacio y la ¡falta de hechos delictivos por parte de Kopho, dieron una cierta tranquilidad a las gentes, volviéndose a llenar las calles de un público que parecía ávido de sentirse, como en otros tiempos, totalmente protegido por las autoridades.
Al principio, el paso de las escuadrillas que venían o iban a su misión de vigilancia espacial, llamaba la atención de los que paseaban por las calles. Luego, poco a poco, el hábito fue desposeyendo de interés aquel espectáculo y la gente, por la fuerza inerte de la costumbre, empezó a olvidar la amenaza y hasta la existencia de Kopho, el venusiano.
Para Christiane Delahaye, la vida volvió a aparecer como algo digno de experimentarse con toda intensidad. De nuevo, utilizando alguno de los coches dé la familia, pudo recorrer las calles de París, sus avenidas bordeadas de parterres y las grandes autopistas que brotaban de la ciudad....
Salió con bastante frecuencia acompañada del policía. Pamelon se hacía cada vez más insistente y deseaba desbancar definitivamente al joven sabio que jamás aparecía por la casa de la muchacha y que debía haberse hundido de nuevo en sus inútiles y largas experiencias científicas.
Louis se daba cuenta, de todas formas, de que la distancia que le separaba de la joven Delahaye era demasiado grande para poder salvarla de un simple y ágil salto. Necesitaba tiempo, mucho tiempo y, sobre todo, el ascenso que deseaba con tanta intensidad. Un ascenso a comisario, que dependía total e integralmente del caso que para

Renard constituía una verdadera obsesión.
El viejo comisario, a pesar de la carta recibida por el Gobierno y que había firmado Kopho, seguía pensando que todo aquello no era más que una organización criminal que se servía de la credulidad pública para apoderarse fàcilmente de todo cuanto desease.
¿La desaparición de las fábricas atómicas?
Algo tan viejo como el mismo mundo. La inoxidable preparación de un rescate, individual o colectivo, dirigido seguramente a la alcaldía de París o al Gobierno de Francia.
Para Renard, para «le vieux Renard», las cosas eran mucho menos complicadas y «saugrenues» que lo que se imaginaban toda aquella banda de sabios. Y estaba completamente seguro de poner la mano encima más tarde o más temprano, a los que se habían permitido jugar con tan peligroso fuego.

* * *

Descendió Christiane la amplia escalera monumental que conducía al «hall», canturreando una nueva melodía que había escuchado en el televisor días antes. Le agradaba infinitamente la letra de aquella música, una letra nostálgica, en la que se cantaba la tristeza de una muchacha, una pastora de Australia, en el edén fantástico de aquel país, entre gigantescas montañas y valles maravillosos, que era amada por dos pastores y que no sabía por quién decidirse.
Preguntaba a las estrellas, en las largas noches, cuando el cielo relucía como un collar fantástico; preguntaba al arroyo, cuando el agua se enroscaba en un infinito trenzar...
Y nadie la respondía, porque su corazón era el único que podía elegir y su corazón estaba terriblemente mudo...
Helás!,
mon coeur reste muet
et ne me répond pas...
A ella le sucedía lo mismo. Desde la inesperada aparición de Louis, algo había ocurrido en su corazón que sé mantenía tercamente mudo sin darle la tan esperada respuesta.
Llegó al «hall», íntimamente contenta, a pesar de la canción que iban canturreando. Pamelon no tardaría en llegar y Christiane esperaba, cada vez con mayor ilusión, las ardientes palabras del muchacho y su seria y afectuosa manera de decir que la amaba.
¡Qué diferencia con Edmond!
La joven recordaba, con todo detalle, las primicias de aquel inocente «flirt» que había empezado de una manera simple, intranscendente, como tantos otros y que solamente el empaque y la seriedad de Flevier habían impulsado fuera del terreno de una simple amistad, precipitándolo en aquel proceloso mar de los compromisos serios, donde las familias median, se mezclan e inmiscuyen, como si fuesen

ellos los que hubiesen de jugar su libertad y su destino.
Era dura la lucha que se había desencadenado en su corazón y ciertamente insoportable, pero no había más remedio que enfrentarse con aquella disyuntiva hasta encontrar el camino que se creyese más cierto.
El timbre de la puerta se dejó oír y Christiane, sin poderse contener, corrió a abrirla anticipándose al mayordomo que la miró íntimamente extrañado. Desde hacía muchos años, cuando la muchacha no era más que una niña pecosa y cuyas dos trenzas saltaban siempre intranquilas sobre su cabeza, nunca más había corrido a abrir la puerta como ahora.
«Algo raro debe estar ocurriéndole a la señorita...»—pensó el mayordomo.
— ¡Ah...! ¿Eres tú?
Edmond la miró curiosamente. Luego, después de haber penetrado y dado el abrigo al mayordomo, esperó que éste se alejase.
— ¿Esperabas a otra persona? — inquirió.
Ella no supo exactamente lo que contestar y balbució algunas frases ininteligibles.
Entre tanto, habían penetrado ya en uno de los saloncitos de la planta baja, donde tomaron asiento. Casi en seguida, la joven volvió a levantarse.
— ¿Quieres beber algo?
— No, ahora no. Deseo permanecer lo más sereno del mundo...
— ¿Ocurre algo?
Él la miró fijamente a los ojos.
— ¿A quién estabas esperando, Chris? ¡Sé sincera!
Ella guardó silencio unos instantes, percatándose de la trascendencia que podía alcanzar una respuesta que, como él quería, fuese completamente sincera. Finalmente y plenamente convencida que lo mejor era decir la verdad, vino a sentarse junto al físico.
— Esperaba a Louis, Edmond.
Flevier asintió con la cabeza. Luego, al cabo de unos instantes:
— ¿El joven policía?
— Sí — Christiane asintió con la cabeza.
— ¿Vendrá?
— No creo que tarde.
— Me alegro. Hace tiempo que deseaba hablar con él y hoy mucho más que nunca
De momento, una sensación dé orgullo invadió el pecho de la joven; un orgullo de que dos hombres discutiesen y hablasen de ella. Pero, momentos más tarde, su propia idea la alarmó sobremanera.
— ¿De qué tienes que hablar con Pamelon? Te advierto que no quiero que riñáis por mi culpa...

— No te preocupes, pequeña. Ya sabes que no me gusta reñir con nadie.
Ella volvió a mirarle fijamente, encontrándole tan extraño y reservado como siempre, quizá algo más...
Hablaron después de cosas intranscendentes, ella visiblemente nerviosa e interesada por la conversación que Edmond habla prometido que tendría con Louis. Así, cuando el mayordomo anunció la llegada del policía, Christiane no pudo contener sus nervios y salió en su busca, permaneciendo unos segundos ausente del salón, con toda seguridad previniendo al otro.
Flevier, entre tanto, fumaba tranquilamente en el salón, con una enigmática sonrisa en los labios,
Al entrar la pareja, se levantó, indolentemente, esperando que la joven rompiese el silencio.
— Este es «monsieur» Pamelon, Edmond... «Monsieur» Flevier, Louis...
Se estrecharon las manos y ella sirvió bebidas que Edmond rehusó tomar de nuevo. Después de encender nuevos cigarrillos, el físico, tras mirar intensamente a su contrario en la lucha por Christiane.
— Deseaba hablar sinceramente con usted, amigo mío...
— Cuando usted desee...
La joven no pudo evitar un estremecimiento involuntario, a pesar de la intensa calefacción. Apercibiéndose de que no estaba nada bien que ella permaneciese allí, se levantó, al tiempo que decía:
— Perdónenme, pero debo dejarles un rato. Además — señaló intencionadamente — creo que mi presencia no estaría nada bien, visto el tema que...
Pero Edmond la retuvo con un gesto.
— Te equivocas, Chris. Debes quedarte con nosotros.
— ¿Tú crees?
— Naturalmente. Siéntate. Lo que voy a decir te Interesará mucho; estoy seguro.
« ¡Con qué ganas le abofetearía! » — pensó la muchacha.
Pero Flevier se habla vuelto hacia Louis.
— No sabe cuánto me alegra el poder hablar son usted. Hacía mucho tiempo que deseaba hacerlo, pero hasta ahora no me ha sido posible.
Y después de una pausa:
— ¿Cómo va el asunto de los venusianos?
Prudente, Louis dudó antes de contestar:
— Como siempre, señor Flevier.
Éste dejó escapar una risita breve. Luego:
— Como siempre no, señor Pamelon. Me parece haber descubierto algo de la mayor importancia.
Los ojos del policía brillaron intensamente.

— ¡Eso sería verdaderamente formidable! — exclamó.
Por su parte, Christiane se dio cuenta de que se había equivocado por completo. Ella esperaba que Edmond hablase de su noviazgo y de otras cosas más; pero, en el fondo, no se sintió defraudada. Su curiosidad allanó inmediatamente todas sus prevenciones,
— Antes de empezar a hablar — dijo el joven físico — desearía saber si está usted plenamente de acuerdo con la falsa tesis que defiende el comisario general. Todo el mundo sabe que Renard, aunque no lo ha manifestado públicamente, considera el mensaje recibido de ese Kopho y la posibilidad de una relativamente cercana invasión venusiana como dos fantasías...
— Así es — repuso el policía —. Pero eso no quiere decir que los demás pensemos igual. Aunque quizá, el comisario desea ante todo llevar este asunto desde un punto puramente criminal, ya que la defensa contra esa pretendida invasión no es cosa nuestra sino del ejército.
— Lo comprendo y me alegra que usted no participe en la teoría de su jefe. Yo, por mi parte, estoy seguro de que la invasión se realizará, más tarde o más temprano, y por eso me he dedicado estos Últimos tiempos a investigar la forma de impedir que ese peligro se convierta en algo terriblemente concreto.
»No conocemos a los venusianos, apenas sabemos cómo son e ignoramos su forma de pensar respecto a nosotros. Lo más lógico es que lleguen como conquistadores implacables. ¿No le parece?
— Estoy completamente seguro.
— Esa es también mi idea y por eso, cuando he visto que mis trabajos se coronaban con un éxito completo, he pensado en usted...
— ¿En mi? No creo ser el más apropiado, señor Flevier.
— No lo crea. A mí no me interesa en absoluto lo que ustedes llaman gloria. La satisfacción que me proporcionan mis trabajos me basta...
Christiane empezaba a ver las verdaderas intenciones de su prometido y una extrañeza, tremendamente agradable, la estaba invadiendo. Si todo aquello era verdad, Pamelon podía lograr el triunfa que tanto ansiaba y hacer posible lo que ellos dos deseaban, aún sin confesarlo.
Pero, casi en seguida, la terrible pregunta estalló en su mente como una llamarada de magnesio.
¿Por qué se sacrificaba así Edmond?
Ella no podía pensar que el joven no la amase ya; era algo demasiado duro para admitirlo. Entonces...
¿Qué otro motivo podía impulsar a Flevier a mostrarse tan... «magnánimo»?
Miró fijamente al joven, intentando leer vanamente sus pensamientos. Sabía que, a pesar de la sencillez de Edmond y de que había sido

siempre un prometido exageradamente dócil, en cuanto a sus trabajos, ella no había logrado jamás saber nada concreto.
Flevler habla empezado a hablar de nuevo y era mejor escucharle.
— Verá usted. Es casi seguro que las escuadrillas encargadas de vigilar la llegada de los venusianos fracasen rotundamente al intentar detener el avance de sus astronaves.
»Ya le he dicho, hace unos instantes, que no deseo que mi nombre aparezca en ningún caso. Voy a entregar a usted el poder que le permitirá detener la invasión. Le enseñaré a manejarlo y si lo desea excepcionalmente, le acompañaré. Pero lo que necesitamos urgentemente es un aparato donde instalar el mío. Yo tengo un avión potente, pero las autoridades han prohibido los vuelos particulares desde que empezaron estas circunstancias...
Hubo un silencio, mientras el entrecejo del policía se fruncía intensamente, demostrando una concentración mental extraordinaria. Luego:
— Creo que podrá arreglar eso — dijo con una leve sonrisa —. Conozco a un comandante de la aviación... pero creo que tendremos que explicarle el asunto. ¿No le importa que lo hagamos, señor Flevier?
— De ningún modo .De todas formas, convendría que ese comandante no prodigase lo que hemos de decirle. No debe usted olvidar, amigo mío, que mi aparato no podrá reproducirse, ni con las mejores técnicas y que, por ende, puede considerarse único.
— Perfectamente. ¿Cuándo desea que hablemos con el comandante Gautier?
— Cuando usted lo decida.
— Entonces y con su permiso, voy a ir a veris para obtener una cita con él. Este asunto es demasiado importante, ya que la invasión puede producirse de un momento a otro.
— Efectivamente.
El policía se levantó, siendo imitado por los otros. Luego, Chiristiane y Flevier le acompañaron hasta la puerta,
— Pueden esperarme aquí — dijo Louis—, no tardaré en volver.
Regresaron al salón y permanecieron largo tiempo en silencio. Luego, la muchacha, acercándose al joven físico, puso su mano sobre el hombro de él.
— ¡Eres muy bueno, Edmond! —exclamó con sinceridad
Él la miró fijamente. Después de una pausa:
— He comprendido, Chris, que no soy el hombre que tú mereces. Soy demasiado raro para hacerte feliz. Lo que tú necesitas es alguien que esté en contacto con la vida... Alguien como Louis...

* * *

El «platillo volante» se acercaba rápidamente a la Tierra...

Detrás de él, a una centena de millas, avanzaba una verdadera escuadra de aparatos venusianos, mucho más grandes que el que les precedía y cuyo tamaño era aproximadamente el mismo que el que había aterrizado en las cercanías de París.
En aquella astronave iba Stolo, el monarca de Venus; Ophonm, el sabio, y un piloto especializado.
El rostro del rey expresaba una serie de sensaciones internas todas ellas tremendamente dolorosas...
A dos mil kilómetros del Tercer Mundo, la astronave se detuvo en el espacio, siendo rodeada momentos más tarde por la formidable escuadra que la seguía. Inmediatamente, Ophonm se volvió hacia el lado donde estaba situada una emisora superpotente, colocando dos pequeñas ventosas sobre los colmillos que brotaban de su labio inferior. Luego, al cabo de unos instantes, tendió dos ventosas más, situadas en los extremos de sendos cables, que el monarca se colocó de idéntica forma que lo había hecho el sabio.
A partir de entonces, Ophonrn pulsó una serie de tetones que pusieron en marcha la colosal emisora, al tiempo que llamaba ininterrumpidamente:
« ¡KOPHO!... ¡KOPHO!... ¡KOPHO!...»
Después de intentar inútilmente entrar en comunicación con el venusiano, los dos hombres se desposeyeron de sus curiosos «auriculares-micrófonos», mirándose fijamente.
— ¡Que el piloto siga llamando! — ordenó el monarca —. No podemos hacer nada antes de que estemos en comunicación con Kopho...
Alejándose después, seguido del sabio, a una salita vecina, se dejó caer sobre una silla metálica clavando la mirada en un punto imaginario, mientras pensaba amargamente. Luego, levantando la cabeza, miró al sabio.
— ¿Estás seguro del mensaje recibido?
— ¡Naturalmente, majestad! Kopho me contó todo, instándome después a que enviase unas astronaves vacías y algunas de carga, a una hora precisa y a una distancia precisa del Tercer Mundo...
»Entonces y de la manera más fantástica, cuando supo que estábamos en el lugar que nos había indicado, ordenó que abriésemos las astronaves y que nos vistiésemos con los «espacioescafandras», preparándonos para recoger una carga que nos había enviado...
»Esperamos un buen rato y de repente, al tiempo que recibíamos su aviso de tenernos dispuestos y obrar con toda rapidez, UNA SERIE DE OBJETOS Y DE SERES APARECIERON EN EL ESPACIO, ANTE NOSOTROS...
»Era algo verdaderamente increíble. Un edificio entero estaba allí, a nuestro alcance. Además y flotando alrededor de nuestras astronaves,

unos cuantos centenares de mujeres del Tercer Mundo, aparecieron igualmente.
El, sin dejar de comunicar con nosotros, nos ordenó que recogiésemos todas aquellas criaturas lo más velozmente posible, ya que a pesar de encontrarse bajo el influjo de una especie de «hibernación» (3), podían morir si se mantenían durante mucho tiempo en contacto con el tremendo frío sideral.
»Le obedecimos, llevando rápidamente las mujeres a nuestras astronaves e inyectándolas una buena dosis de «bio-estimulantes». Luego, Kopho nos instó a apoderarnos de todo lo que contenía aquel colosal edificio, que según vimos en seguida, se trataba de una verdadera riqueza en toda clase de material atómico...
Hizo una pausa.
— ¡No sé cómo lo ha logrado! — exclamó —Y he de confesar a Su Majestad que nunca creí que Kopho poseyese un cerebro tan privilegiado...
Stolo afirmó con la cabeza, siguiendo con la vista fija en un punto invisible.
— Tampoco lo creía yo. Cuando me habló de su fabuloso descubrimiento, le creí a medias, pero su entusiasmo ganó mi corazón por completo y en seguida vi que era el único de nosotros capaz de cumplir la misión que las circunstancias nos imponían...
»Por eso le elegí...»
Y después de unos instantes de silencio:
— Quiero que me hables del resto del mensaje, que me lo repitas hasta la saciedad. Solamente así podré habituarme al dolor que necesito sentir...
— Después de las instrucciones que ya conocéis, señor, Kopho nos comunicó la gran desgracia que había ocurrido. Vuestros dos hijos, majestad, murieron en manos de los hombres, bajo el fuego de sus mortíferas armas...
»Kopho intentó vanamente defenderlos centra aquel inesperado ataque. La superioridad de los habitantes del Tercer Mundo hizo imposibles todos los esfuerzos de Kopho que, en el último instante y después de ver cómo caían sus compañeros, logró huir, abriéndose pasó entre las compactas filas de sus enemigos.
»Eso es todo, señor...»
Sí, aquello era todo, sencillamente todo y, sin embargo... ¡qué grave significación tenían para él las palabras que acababa de pronunciar Ophonm!
Hasta entonces, jamás hubiese pasado por la imaginación de Stolo la idea de declarar una guerra a aquellos seres que ni siquiera conocía. Pero la muerte de sus dos hijos, que interrumpía definitivamente la sucesión de una Dinastía, había derrumbado para siempre sus

ilusiones, sus proyectos más caros...
¡Estaba dispuesto a hacer pagar a aquellos habitantes del Tercer Mundo la muerte de sus hijos! El estaba seguro de que nunca hubiesen ellos atacado a nadie y que Kopho, gracias a su maravilloso invento, había logrado raptar las mujeres sin hacerles daño alguno.
¿Por qué, entonces, hablan muerto ellos?

CAPÍTULO VII

El comandante de aviación, Herbert Gautier, estrechó la mano de Edmond, que acababa de dejar su pesado aparato en el suelo.
— ¿Esa es la terrible máquina que ha descubierto, profesor?
Flevier sonrió, ruborizándose. No esperaba indudablemente una acogida tan extraordinariamente amistosa.
— ¿Vamos ya, comandante? — inquirió Louis que no deseaba perder tiempo.
Penetraron los tres en el fantástico aparato, uno de los últimos modelos, dotado de potentes turbinas atómicas y que podía alcanzar fantásticas velocidades.
Cargado siempre con su aparato, el joven físico penetró en la cabina de proa, dejando la caja de cuero en el asiento que le había sido destinado. Después, volviéndose a los otros.
— ¿Han recibido alguna comunicación de las escuadrillas de vigilancia? — inquirió.
— Nada aún — repuso Gautier.
— Si les parece — intervino Pamelon —, podemos probar el aparato para que nuestro amigo Flevier pueda darse cuenta de sus actitudes maniobreras y vaya estudiando la mejor manera de emplear su invento. No debemos olvidar que vamos a enfrentarnos con un número que, según supongo, debe ser grande dé astronaves enemigas, de cuyo poder destructor desconocemos todo.
Edmond sonrió confiado.
— No se preocupe, Pamelon — dijo —. Con este aparato — añadió señalando la caja negra de cuero —, no tendremos muchas dificultades. De todas maneras, creo que tiene usted razón y que debíamos probar el avión para que pueda darme cuenta de cómo debo actuar.
Momentos más tarde, el formidable aparato despegaba de Orí y, con un estruendo tremendo, dejando en su pos una estela de fuego que rasgaba violentamente el color pardo de la tierra que iba quedándose velozmente atrás.
— ¡Es verdaderamente estupendo! — exclamó el joven sabio.
Con una sonrisa de orgullo en los labios, el comandante Gautier empezó a hacer evolucionar maravillosamente al avión, haciéndole describir curvas cerradas y precipitados virajes que demostraban indiscutiblemente su estupenda facilidad maniobrera.

El aparato hendía el espacio como una furia moderna, haciendo gemir toda su estructura en una vibración que resultaba de su frotamiento con las capas de aire. Cuando, a veces, Gautier descendía hasta hacer visible la superficie de la Tierra, los objetos pasaban, en un borrón de manchas pardas y negras, sin que pudiese distinguirse nada en concreto.
— ¡Un momento! — advirtió Pamelon que se había hecho cargo de la radio —. Nos están llamando...
Siguiendo las instrucciones de su amigo el policía, el comandante había colocado el aparato en una estable posición horizontal, al tiempo que le mantenía en una velocidad de crucero.
Conectando el micrófono al amplificador de a bordo, Pamelon entró en contacto con sus lejanos comunicantes.
«Aquí, aparato de Mando de la 198 Escuadrilla, bajo pabellón británico — empezó a decir una voz completamente neutra —. Nuestro radar recibe Impresiones, cada vez más claras, de una verdadera Escuadra de aparatos que se acercan del lado de Venus. Corto. Espero».
El comandante se apoderó del micrófono.
— «Aquí, comandante Gautier, operando según plan 12-AZ. Pongan en ejecución el dispositivo de protección Plan 7.ZM. Si perfectamente entendido, comuniquen. Corto.»
La voz neutra se dejó oír.
«Perfectamente entendida sugerencia empleo dispositivo 7.ZM. Inmediatamente ponemos en práctica. ¡Buena suerte! Corto».
Una vez desconectado el altavoz, Gautier, después de sentarse cómodamente en su asiento de piloto y colocarse las correas, acto en el que los otros dos le Imitaron, se volvió a ellos sonriendo.
— ¿Dispuestos?
Tanto Pamelon como Flevier asintieron con la cabeza.
— ¡O. K.! Vamos a ver cómo las gastan esos venusianos del demonio...
Quince minutos más tarde, el aparato que conducía Hubert se encontraba a la vista de las astronaves de Stolo...

* * *

El comisario Renard terminó de leer la nota que tenía en las manos, sonriendo de excelente buen humor.
¿Quién era el idiota que afirmaba que todos los asuntos, para un policía, no son asuntos criminales?
Encendió tranquilamente un cigarrillo y después de hacer patente su meticulosidad colocando y ordenando sus papeles sobre el escritorio, descolgó el teléfono.
— ¿Alló? — oyó la voz de la telefonista.
— Póngame con Orly, señorita.
Unos minutos de espera mientras silbaba una canción de su tiempo.

— ¿Orly? ¿Sí? ¿Hay noticias del inspector Pamelon?
— Ninguna noticia por el momento, señor. Acabamos de interceptar un mensaje de la 198 Escuadrilla, en el que se comunicaba impresiones recibidas por el radar y calificadas como astronaves seguramente enemigas.
— «Merci bien, monsieur».
Renard colgó y aplastó el resto de su cigarrillo contra el cenicero de bronce que habla sobre la mesa. Luego, tras echar una mirada de inspección a su despacho, salió al «hall», tomando su sombrero melón, su paraguas y su abrigo gris de motas blancas.
Una vez en el patio, ante la Jefatura, tomó su coche no lanzándolo a demasiada velocidad y manteniéndose a la derecha de las calles para no ser arrastrado por la corriente central de los vehículos que iban más de prisa que el suyo.
Subió hacia el Norte de la ciudad y alejándose de la carretera principal por una de segundo orden pero excelentemente conservada, se detuvo finalmente ante una elegante mansión de dos plantas que estaba envuelta en completo silencio.
Dando muestras de una agilidad que no parecía posible en su cuerpo rechoncho, el comisario saltó por encima de la verja y se adentró definitivamente en el jardín, donde sus pasos sonaron lúgubremente en medio del silencio del atardecer.
Ya las sombras de los árboles del parque creaban zonas de verdadera oscuridad. Pero, al parecer, el comisario no se preocupaba por sí mismo, andando tranquilamente por el centro de los paseos y sin hacer caso del escandaloso ruido que hacían sus botas claveteadas al pulverizar la arena del parque.
En su interior, Renard, como cada vez que se hallaba cerca de una solución a cualquier problema, se encontraba enormemente contento y deseoso de comprobar cuanto antes si todo lo que había pensado concordaba con la realidad.
Al llegar ante la fachada de la casa, un gruñido amenazador le detuvo en seco, pero sin alarmarle demasiado, ya que se limitó a mover el paraguas lentamente, como si desease prevenirse contra un inesperado ataque.
Luego, reanudando la marcha, oblicuó hacia el lugar de donde habían surgido los gruñidos no tardando en encontrar un perro enorme sólidamente encadenado a una casita de cemento que le servía de hogar.
El animal seguía gruñendo sordamente, como si algo estuviese hirviendo en su garganta, pues mantenía la boca cerrada. Sus ojos brillaban como ascuas.
Renard metió la mano izquierda en el bolsillo de su abrigo y sacó unos cuantos terrones de azúcar con los que solía obsequiar a los caballos

de París, esos denodados animales que parados junto a las aceras de los barrios populares bajan la cabeza, seguramente avergonzados ante la riada de vehículos de motor que les ha condenado definitivamente al más absurdo de los olvidos.
Los terrones de azúcar hicieron que el animal comprendiese rápidamente que el visitante era un amigo de los animales y ya es sabido como los perros, solamente por el olfato, «clasifican» a los complejos seres humanos que se les acercan.
Completamente calmado, el animal salió definitivamente de su perrera, moviendo ágilmente la cola. Era un hermoso ejemplar de pastor alemán, un animal estupendo, pero que no dejó de llamar la atención del comisario.
Primeramente, al poder examinar detalladamente al animal, iluminado por la luz plena de la luna, Renard ahogó una exclamación de asombro. El cuerpo del perro ofrecía una serie de cicatrices, sobre todo en el lomo, que asomaban por entre la piel, dándole el aspecto de un animal enfermo. Luego, con la ayuda de otros terrones de azúcar, el comisario logró darse cuenta de por qué el perro no había abierto la boca como suelen hacer todos cuando gruñen. Confiado, metió la mano en las fauces del animal, obligándole cariñosamente a entreabrirlas.
Los colmillos parecían haber sido arrancados de cuajo y muchos de los otros dientes y hasta las muelas habían desaparecido.
Renard soltó las cadenas del perro, gruñendo a su vez de sorda cólera. Luego, seguido por el agradecido animal, que no se separaba de él ni un solo instante, penetró en la casa.
Todo tenía el aspecto de abandono que esperaba encontrar allí. Indudablemente, aquello demostraba que hacía ya mucho tiempo que no se había limpiado y ordenado, pareciendo por el contrario que un grupo de juerguistas hubiese pasado allí todo un ruidoso fin de semana.
Renard recorrió habitación por habitación, fijándose en mil detalles que fueron almacenándose en su mente, donde uniéndose como las piezas de un rompecabezas fueron haciendo aparecer una solución parcial y que no le satisfacía aún plenamente.
Después de inspeccionar la totalidad de la mansión, el comisario empezó a buscar detenidamente la entrada del sótano. Pero no fue necesario que se esforzase.
El perro, pareciendo adivinar sus intenciones, lanzó un corto aullido indicándole claramente el camino. Renard le siguió hasta encontrarse ante una descomunal «chaise-longue» que ocupaba una de las rotondas del salón de la planta baja.
Casi en seguida y sin hacer ya caso de los aullidos alegres del perro, observó detenidamente el suelo, no tardando en descubrir las huellas

que lo hablan rayado siempre en la misma dirección. Aquellas marcas formaban un arco de círculo y demostraban palpablemente que la «chaise-longue» no era precisamente algo que permanecía siempre inmóvil.
De un violento tirón separó el pesado mueble de la pared. Luego, yendo hacia aquel lado, sonrió al descubrir la entrada del sótano: una trampilla de regular tamaño y cuidadosamente cerrada.
Momentos más tarde, penetraba en el subsuelo descendiendo una escalera bastante amplia y ricamente alfombrada. Una serie de luces, empotradas en el muro, facilitaba el descenso, haciéndolo sencillamente agradable.
El perro avanzaba prudentemente ante él; pero, de repente y lanzando un impresionante aullido, el animal se precipitó a toda velocidad por la escalera desapareciendo ante el comisario.
Al descender el último escalón y dar luz en el sótano, Renard abrió los ojos al tiempo que lanzaba una exclamación de sincero asombro.
Nunca se había imaginado la existencia de aparatos tan complicados y de cosas tan raras como las que tenía ante él. Por todas partes y desde el techo, bastante alto, hasta el suelo, el amplio espacio del sótano estaba repleto de toda clase de utensilios científicos, formando el más extraordinario laboratorio que Renard había visto en su vida.
Sin embargo, se dio cuenta en seguida del ambiente que reinaba allí y acercándose a un tubo de cristal que subía verticalmente hasta el techo, pasó ligeramente su dedo indice sobre la superficie del tubo, examinando luego aquél al que se había adherido una densa capa de polvo.
Todo se iba presentando según sus cálculos y aquello le hizo sonreír ligeramente...
Fue entonces cuando el perro, que había vuelto a su lado, le atrapó por el abrigo mientras gruñía amistosamente para llamar la atención de aquel hombre que le había tratado tan espléndidamente.
— Ya voy, amigo, ya voy.
Tras acariciar al animal, Renard le siguió hasta llegar al extremo más alejado del laboratorio, justamente donde el techo descendía, en suave pendiente hasta llegar a la parte superior del marco de una pequeña puerta cerrada con un descomunal candado.
Ya antes de llegar allí y desde una distancia de cerca de cinco metros, un olor nauseabundo llegó hasta el comisario que, después de acercarse hasta tocar el candado, hubo de retroceder vivamente a pesar de las vehementes protestas del perro.
— No te impacientes, amiguito. Te aprecio mucho, pero no estoy dispuesto a tener náuseas y lo demás ante ti. ¿Qué pensarías del comisario Renard si le vieses en tan indigna postura? ¡Vamos arriba!
Subió velozmente la escalera, no tardando, al estar en el salón, en

encontrar el aparato telefónico.
— ¡Oiga!... Póngame con la Jefatura de París, señorita... Sí, Quai des Orfèvres. Muchas gracias; de acuerdo, cuelgo y espero.
Dejó el aparato sobre la horquilla y, lanzando una simpática mirada al perro, que se había sentado a sus pies.
— Ven conmigo. Vamos a la cocina.
Una vez allí, abrió la nevera en la que encontró una serie de cosas que hicieron que el rabo del pastor alemán se moviese a una velocidad vertiginosa. Tranquilamente y apoderándose de los mejores trozos, los lanzó al suelo donde el perro los devoró con una avaricia que demostraba el tiempo que no había comido de aquella manera.
La llamada del teléfono le hizo abandonar la cocina, yendo rápidamente al salón, mientras no dejaba de pensar en un cúmulo de cosas, cada una más interesante que la anterior.
— ¿Allo? De acuerdo. Póngame con el comisario auxiliar, Leblanc.
Y, después de una corta espera:
— ¿Es usted, Leblanc?... Venga a la dirección que he dejado sobre la mesa de mi despacho. ¿Que si se trae el equipo entero? ¡Naturalmente, hombre de Dios!... y no me haga esperar mucho. He de regresar a París en seguida.
Encendió un cigarrillo, regresó a la cocina y contempló satisfecho el banquete que el perro se estaba dando. El animal, al percatarse de su regreso, levantó su hermosa cabeza mirando a su protector con unos ojos que parecían humanos...

CAPÍTULO VIII

Fue necesario utilizar un soplete para hacer saltar aquel formidable candado, unido a la puerta por una cadena verdaderamente formidable.
Los hombres del equipo de la policía, con máscaras, ya que era imposible soportar aquel intenso hedor, penetraron en un segundo sótano al que conducía una torva y oscura escalera de caracol.
No tardaron mucho en volver al laboratorio cargados con dos cuerpos que colocaron sobre el suelo y que habían subido de la única manera posible de hacerlo: echándolos sobre sendas mantas. No hubieran podido hacerlo de otra forma.
Los dos cadáveres estaban casi totalmente reducidos al estado de esqueletos; tan solo algunas regiones orgánicas aparecían aún recubriendo los huesos y eran aquellas partes las que despedían tan intolerable hedor.
Renard lanzó una ojeada a los dos cuerpos.
— Llévenlos en seguida al forense. Necesito una información completa cuanto antes, sobre todo, «res pecto al sexo de las dos víctimas...»
Luego, cuando al marcharse se percató de que el perro le seguía

como si se tratase de su legítimo dueño, Renard sonrió y abriendo la portezuela de su coche, que habían llevado ante el porche de la casa, dijo alegremente:
— ¡Tú ganas, amigo! ¡Pero no creas que madame Renard podrá darte banquetes como el que acabas de tener!
Mientras se acercaba a Jefatura iba forjando la segunda parte de aquel drama, ya que el telón podía caer de un momento a otro. Una vez en su despacho, volvió a telefonear a Orly.
— ¿Algo nuevo del aparato del comandante Gautier?
— Nada, señor. Pero esperamos noticias de un momento a otro.
Después de colgar, se volvió al perro y, acariciándolo tiernamente, inició uno de los monólogos a los que estaba tan acostumbrado.
— Sí, amigo mío. El final se está acercando a pasos agigantados y el mundo no se dará cuenta del papel que nosotros hemos jugado en esta función. Pero así debe ser. La gloria debe recaer en los jóvenes y Pamelon la necesita con gran urgencia...
«Aunque estoy seguro de que dentro de un año nos presentará su dimisión. Llegará a este despacho, me ofrecerá un hermoso habano y hará lo imposible porque me acerque a la ventana para que pueda ver su hermoso «Cadillac» último modelo...
»Así es la vida. Si tú pudieses pensar, te darlas cuenta de que hoy mismo las autoridades y los sabios, las pocas personas que saben exactamente lo que ocurre o que creen saberlo, están pendientes de algo que está pasando lejos, muy lejos de aquí. Ellos se imaginan comprender la esencia de las cosas; pero, como suele ocurrir casi siempre, la esencia de las cosas no está en lo que parece ser lo primordial, lo aparente...
»No, querido amigo mío, la verdadera esencia de las cosas está generalmente oculta bajo las grandes manifestaciones y por eso suele pasar desapercibida a todos los que se dejan llevar por las apariencias de lo que podemos llamar extraordinario,
»Hubo una vez un labrador — y sirva esto de ejemplo — que descubrió en sus campos la existencia de una fantástica cantidad de yerbas perniciosas que habían arruinado casi completamente su cosecha. Furioso y después de recoger el poco grano que le produjo la tierra aquel año, mandó arrancar y quemar las plantas malas, la cizaña, creyendo así salir victorioso de aquella verdadera plaga.
»Los hombres a los que ordenó arrancar las malas hierbas, impregnados de la cólera de su amo y deseando demostrarle, ya que se encontraba presente, que odiaban tanto como él aquellos malditos yerbajos, hicieron muestra de una furia, al arrancarlos, que llenó de satisfacción al dueño de las tierras.
»Pero, amigo mío, a aquel hombre le ocurrió cómo a los que se dejan llevar por las apariencias y se regodean cuando las cosas arman

mucho ruido, cuan' do son rimbombantes y escandalosas...
»Por eso, al año siguiente, se extrañó y escandalizó al ver que la cizaña dominaba completamente sus campos, llevándole a una ruina de la que no pudo ya sobrevenir...
«El había aclamado estúpidamente el ardor de sus servidores que, al arrancar furiosamente las hierbas, habían venteado las semillas que cayeron en la tierra fecunda esperando el momento de convertirse nuevamente en plantas.
»Si te he contado todo esto, querido amigo, ha sido simplemente para que te des cuenta de que en las cosas de la policía pasa lo mismo. Nosotros debemos buscar las causas ocultas, lo pequeños detalles y ordenar a los labradores que arranquen la hierba con cuidado para evitar que la mala semilla salte con el viento y vaya a reproducirse en el lugar donde menos se esperaba que ocurriese...
» ¿Me has entendido?
»Ya sé que no; pero es igual. Ahora vamos a hacer una visita para preparar el último acto... ¿Vamos?»

* * *

Edmond había abierto su caja de cuero negro y sacando un aparato que parecía una especie de cámara cinematográfica portátil. Luego, utilizando un diamante que le facilitó el comandante, hizo un orificio en el parabrisas, pasando por él lo que podía tomarse como «objetivo» de aquella falsa cámara.
Las astronaves venusianas seguían avanzando y por la forma en que estaban abriendo, en una especie de abanico con la intención de atrapar al aparato que conducía Gautier en el centro, no cabía duda de que se preparaban a atacar y defenderse.
Pamelon hizo un esfuerzo para imaginarse a los venusianos, con su único ojo, como cíclopes fantásticos, dispuestos junto a sus aparatos a demostrar a los habitantes de la Tierra que debían plegarse a sus absurdas órdenes.
A pesar de poseer una cierta dosis de certeza y confianza en el aparato de Flevier, Louis no estaba totalmente tranquilo y mucho menos cuando de los labios semicerrados del joven físico brotó aquella extraordinaria orden.
— ¡De media vuelta y huyamos!
El comandante volvió el rostro hacia Edmond mientras fruncía el entrecejo.
— ¿Qué quiere usted decir? ¿Será una broma, no?
Porque, por encima de todo, la huida tal como la planteaba Flevier era completamente imposible.
Las astronaves venusianas que habían avanzado por los lados, aumentaron tremendamente su velocidad empezando a dibujar las extremidades de una tenaza que se iba cerrando inexorablemente.

Mucho antes que el aparato de los hombres lograse llegar al extremo de aquella pinza, ésta se habría cerrado y estarían completamente cercados.
Edmond no contestó en seguida. Ni siquiera miró a los que le acompañaban, sino que no despegaba su mirada de las astronaves enemigas.
De repente, gritó con una violencia inusitada:
— ¡Le he dicho que vire en redondo! ¡Rápido!
El aparato describió un círculo completo, alejándose velozmente de la primera fila de astronaves venusianas que avanzaban de frente.
Casi en el mismo instante en que el aparato de Gautier daba la vuelta, una vibración fantástica se produjo detrás de él, exactamente en el lugar en que se hubiese encontrado de no haber virado en redondo.
— ¡Es formidable! — exclamó el comandante lanzando una mirada de admiración a Flevier.
— ¡A la izquierda ahora! — gritó éste sin hacer caso de las palabras del piloto.
Otra vibración, sin que por punto alguno apareciese algo que demostrase la explosión de ningún proyectil.
— ¿Con qué nos están atacando? — inquirió Louis.
Y, después de una pausa:
— Disparan con proyectiles ultrasónicos — repuso Edmond.
Momentos más tarde, el joven sabio volvió a dirigirse al piloto.
— Prepárese a dar la vuelta por completo, en el menor tiempo posible, de forma a que nos encontremos frente a ese grupo de unas cincuenta astronaves que se está dirigiendo oblicuamente hacia nosotros...
«Espere que le dé la orden de realizar la maniobra y procure llevarla a cabo con la mayor celeridad posible. Si no logramos salir de la zona afectada por los ultrasonidos, estaremos perdidos sin remedio.
Mirando hacia atrás, Pamelon se percató de que lo que acababa de decir Flevier era completamente cierto. Un denso grupo de astronaves enemigas se iba acercando hacia el aparato, a gran velocidad y viniendo oblicuamente, lo que demostraba que habían estado camufladas hasta aquel instante.
Louis se preguntó cuándo esperaba Flevier a emplear el aparato que tanto había encomiado y que seguía apoyado a la masa transparente del parabrisas gigantesco que cubría la totalidad de la proa del avión.
¿Qué era lo que estaba esperando?
Poco tardó en saberlo. Al cabo de unos instantes y cuando las astronaves venusianas estaban ya muy cerca, la voz de Edmond rompió brutalmente el silencio.
— ¡Ya!
Gautier realizó una maniobra verdaderamente maravillosa. En un

espacio verdaderamente reducidísimo y donde parecía completamente imposible revolver el aparato, el comandante llevó a cabo un brusco cambio de dirección, sorprendiéndose él mismo al encontrarse cara a cara con las astronaves que avanzaban en su contra.

Al mismo tiempo, una vibración mil veces superior a la anteriormente percibidas hicieron desprenderse multitud de aparatos accesorios del interior de la cabina donde el estrépito fue verdaderamente formidable. Pero Edmond no había perdido la sangre fría y su célebre invento se había puesto ya en marcha.

Pamelon vio cómo del «objetivo» de aquella falsa cámara cinematográfica brotaba una luz azulada que chocaba contra las astronaves que, de repente, desaparecieron totalmente como si no hubiesen existido jamás.

Fue algo verdaderamente increíble; algo que sobrepasaba todo lo imaginable y que dejó al comandante y al policía con la boca semiabierta por el Sincero estupor que se apoderó de ellos.

Sin embargo, Flevier no estaba dispuesto, por lo visto, a dormirse en los laureles.

— ¡Gane altura! — ordenó de nuevo.

Ahora, como se veía claramente, iba en busca de las astronaves y muy pronto, cuando se percató de que la formación enemiga empezaba a intentar retirarse, se complació en perseguir y destruir; con una sonrisa cruel en los labios, a las astronaves que intentaban vanamente huir de la luz azulada de su mortífero aparato.

La alegría no cabía en el cuerpo del comandante Gautier que, aunque no se atrevía a confesarlo, había pasado un buen rato de angustia hasta que el joven sabio se decidió a emplear sus extraños medios de combate.

— Si alguna vez desea abandonar sus estudios, señor Flevier, y dedicarse a la Aviación, venga a buscarme y le daré, sin dudarlo un instante, el mando de una Escuadrilla.

— Gracias, comandante. Ya lo tendré presente.

Recorrieron aún durante un buen rato aquella zona del espacio hasta convencerse plenamente de que el peligro había desaparecido de una forma total y definitiva.

Unos minutos más tarde, las Escuadrillas empezaron a aparecer, mientras la radio no dejaba de recibir mensajes de felicitación. Rodeado de cientos de aparatos que lo escoltaban hacia Orly, el avión que conducía Gautier parecía ser el objeto más valioso qué jamás hubiese surcado los aires.

Fue entonces cuando se recibió un mensaje, con absoluta prioridad, destinado a los hombres que habían obtenido aquella resonante victoria.

«De Comisario Renard a heroicos miembros del Aigle-Z.-65.
«Felicitaciones llegan del mundo entero a las que me adhiero con entusiasmo. Sigue mensaje para señores Pamelon y Flevier:
»Señorita Delahaye sufrido accidente.»
El entrecejo del joven policía se frunció, como lo hizo el de Flevier. Durante unos segundos permanecieron en completo y recogido silencio.
— Iremos a verla en seguida — dijo Edmond.
Aquella era la mancha negra en medio de la resplandeciente victoria. ¿Qué le habría ocurrido a la muchacha?
Eran bastante distintas las reacciones que se manifestaban en el interior de los dos jóvenes. Pero Pamelon, que observaba de soslayo el rostro del sabio, se percató que no había ganado aún la batalla amorosa, que ya consideraba en sus manos antes de salir a luchar contra los venusianos. La expresión preocupada de Flevier demostraba palpablemente que el interés que el sabio tenía por Christiane no habla disminuido un ápice.
La llegada de Orly fue verdaderamente apoteósica. A pesar de la prisa que tenían por escapar de allí, hubieron de resistir más de dos horas, ya que el Gobierno estaba presente y las cámaras cinematográficas y de televisión no dejaron escapar aquellas preciadas presas que todo el mundo conocería al cabo de unas horas.
Finalmente, consiguieron abrirse paso entre la multitud que les vitoreaban, protegidos por un doble cordón de policías, saliendo al exterior del recinto donde un coche oficial les llevó hasta París.
Durante todo el trayecto guardaron un silencio absoluto, no cambiando entre ellos dos, Gautier se había quedado en Orly, ni una sola palabra. Flevier llevaba sobre las rodillas su maravilloso aparato y tenía los ojos semicerrados como si estuviese profundamente ensimismado. Cuando el vehículo se detuvo ante la elegante mansión de los Delahaye, Louis hubo de tocar ligeramente el hombro del sabio.
— Ya hemos llegado, Flevier.
El otro abrió los ojos sonriendo.
Perdone, estaba distraído.
Fue «monsieur» Delahaye el que les recibió personalmente. Cuando Louis le preguntó lo que había ocurrido.
— No lo sabemos aún exactamente, pues Christiane no ha querido decir nada. Alguien debió agredirla anoche... Pero, por favor, pasen que les está esperando.
Los dos jóvenes penetraron en la habitación de la muchacha que estaba echada en su lecho y les recibió con su más encantadora sonrisa.

* * *

Después de cerrar la puerta de la alcoba de su hija, «monsieur»

Delahaye corrió velozmente hacia el salón, que atravesó a una velocidad verdaderamente cómica, penetrando después en un saloncito más pequeño que estaba, exactamente, bajo la habitación que ocupaba Christiane.
El comisario Renard, con otros tres hombres, estaba allí.
Lo que más llamaba la atención no era la inusitada presencia de los policías, sino el aparato que ocupaba el centro de la diminuta estancia y de cuya parte superior partía un cable, casi verticalmente, para atravesar el techo perdiéndose al otro lado.
Una doble cinta magnetofónica giraba dulcemente, mientras todos los presentes, cómodamente sentados, estaban dotados de auriculares.
También «monsieur» Delahaye, sin romper el silencio que allí reinaba, entró de puntillas y tomó asiento, colocándose otro par de auriculares.
Todavía no sabía el dueño de la casa lo que se proponía el comisario con aquel complicado «mise en scène» que había ocupado, durante toda la noche, a los tres especialistas que llegaron de Jefatura.
Pero poco tiempo le quedaba para pensar.
La conversación que se estaba desarrollando arriba iba penetrando en la zona de las comprobaciones y el rostro de Delahaye, como los de todos los demás allí presentes, se animó extraordinariamente a medida que Christiane, sabiamente preparada por el comisario, planteaba pregunta tras pregunta...
« ¿Recuerdas, Edmond, aquel bar de las afueras de Orleans donde pasamos una agradable tarde bailando hace dos años?
Un silencio.
La mirada del comisario se hizo más brillante.
» No recuerdo muy bien... ¿No se llamaba Chez Canolo?
» ¡Que memoria más formidable tienes, querido! Sí; era un restaurante español.
El comisario se mordía los labios.
Después, durante algunos minutos, la conversación tomaba derroteros intranscendentes.
» El otro día vi a nuestro anterior ayuda de cámara. Tú le dabas siempre cigarros puros. ¿Te acuerdas cómo era, Edmond?
Otro silencio repleto de emoción.
La mirada del comisario volvía a brillar intensamente.
Luego, al cabo de unos minutos.
— ¡Ya recuerdo, querida! Era completamente calvo y tenía las cejas extraordinariamente negras. ¡Qué divertido!
— Es verdad, Edmond. Era un hombre muy simpático. ¿No recuerdas por qué lo echó papá?
— Si. Por lo del jarrón. Rompió un Sèvres en el «hall» y lo pegó tan bien que tu padre no se dio cuenta hasta que un día, acercándose, vio que todo un trozo era de papel pintado...

El comisario se arrancó los auriculares.
— ¡No hay nada que hacer! — exclamó con cólera —. Ese hombre es Edmond Flevier... ¡no puede haber la menor duda!
Delahaye también se había quitado los auriculares y miraba a Renard con un sentimiento de congoja. Aquel asunto del que no conocía casi nada le empezaba a interesar, pues le sacaba de la monotonía de su vida cotidiana.
— ¿Se ha equivocado usted, comisario? — se atrevió a decir.
— ¡Completamente, amigo mío, completamente! Creía, después de todo lo que he investigado, que este Flevier era completamente falso y que ocultaba la personalidad de Kopho. Pero, por lo que acabamos de oír, éste es el verdadero Edmond Flevier, al que tendremos que detener por un doble asesinato...
» Sin embargo, el personaje importante, el que nos preocupa más, porque puede convertirse en un peligro constante, el que puede volver a hacer pasar horas de angustia a la Humanidad entera: Kopho, el venusiano, ha desaparecido tan misteriosamente como llegó.
» Era él el que me interesaba. Desaparecido de la Tierra, ejecutado por nosotros, el peligro de su presencia desaparecería con él...
» ¡Pero qué le vamos a hacer!
Se volvió a los hombres que escuchaban:
— Pueden dejar eso. Enchufen el altavoz por si acaso; pero no creo que oigamos nada importante.
Empezó a pasearse por la habitación como un león enjaulado, fumando cigarrillo tras cigarrillo y escuchando, con oído distraído, la conversación que seguía desarrollándose en la habitación de Christiane.
Se hablaba de banalidades, pues la muchacha se percató a tiempo de que no debía seguir preguntando, porque aquél al que lo bacía era, sin duda alguna, el verdadero Edmond Flevier.
El comisario había tenido buen cuidado de dejar en la estancia a Pamelon, de forma a proteger a la joven contra cualquier locura de aquel hombre que, quien fuese, no dejaba de ser el asesino de dos personas... al menos.
¿Cómo había llegado Edmond a convertirse en un asesino?
Aquello era lo que se preguntaba Christiane mientras miraba al joven con un cierto temor que disimulaba bastante bien. La presencia de Louis la tranquilizaba un tanto; pero su cerebro no podía librarse de la pregunta que de una manera obsesiva se formulaba constantemente.
¿Por qué se había convertido Edmond en un asesino?
¿Y... por qué siendo un asesino había luchado, exponiendo su vida, contra la invasión de los venusianos?
Eran demasiadas preguntas a las que, desgraciadamente. no podía encontrar la menor respuesta.

«Él» estaba allí, sentado cómodamente en un sillón al lado de Louis, fumando un cigarrillo y sonriendo como siempre solía hacerlo cuando que para ella algo más que un amigo. Hubiese llegado a pensar de él cualquier cosa menos aquella horrible de considerarle asesino, porque, sencillamente, Edmond fue siempre un muchacho tímido, sentimental e incapaz — al menos así se lo hizo creer — de hacer daño a nadie.
Había escuchado y obedecido al comisario Renard y ahora le pesaba haberlo hecho. Dos veces estuvo a punto de saltar de la cama para decir claramente a aquellos hombres que el accidente era una mentira, un cepo donde nadie había caído.
Pamelon estaba muy serio y Christiane se preguntó si sabía todo lo que se había estado urdiendo allí. Repentinamente el joven policía se volvió sonriendo hacia Flevier.
— ¿Tiene usted la amabilidad de acercarme el otro cenicero que tiene a su derecha?
Sonriendo a su vez. Edmond le entregó el suyo volviéndose por completo para coger el otro.
Fue entonces cuando Louis hizo aquella horrible pregunta:
— ¿ES QUE NO VE USTED CON EL OJO DERECHO, EDMOND?
Flevier palideció intensamente, sin contestar nada. El silencio fue sencillamente espeluznante.
— Hace tiempo que sufrí un accidente — dijo con vez insegura —Y LLEVO EL OJO DERECHO DE CRISTAL.
Christiane, a pesar de la prudencia que le dictaba la situación, no pudo contenerse:
— ¡Eso es una mentira! ¡Hace dos meses Edmond cazó conmigo y no tiró nunca con la izquierda! ¡EDMOND NO ERA TUERTO!

* * *

El comisario Renard lanzó un juramento formidable.
¡Ya lo tenemos!... ¡Ya lo hemos cogido!... ¡Qué listo es ese Pamelon!
Se había acercado al altavoz y escuchaba atentamente...
El silencio qué había seguido a la exclamación involuntaria de Christiane no era de buen agüero y el viejo Delahaye, adivinando la tragedia que podía desarrollarse allá arriba, en la habitación de su hija, palideció intensamente.
De repente, la voz de Edmond, una voz cargada de odio, sonó de nuevo:
— Espero que no se moverán mientras me voy. Si lo hacen, mi máquina los convertira en polvo.
— ¡Ha llegado el momento ríe actuar! — gritó Renard—. ¡Vamos!

* * *

Christiane contempló, con los ojos muy abiertos, cómo el falso Edmond abría el estuche de cuero negro y sacaba, velozmente, una

especie de cámara cinematográfica con la que apuntaba a Louis.
— ¡Mantenga las manos tranquilas, policía!
La muchacha veía la desesperación pintarse en el rostro de Pamelon.
En efecto, el policía se estaba dirigiendo, por lo bajo, toda clase de epítetos ciertamente merecidos.
¡Qué estúpido había sido!
Si al menos Christiane no hubiese estado presente. Pero la situación era aquella y el enemigo había conseguido la completa victoria...
Edmond lue retrocediendo de espaldas a la puerta. Una cruel sonrisa entreabría sus labios.
De repente la puerta se abrió brutalmente, haciendo que el joven sabio se volviese por completo. Su defecto de visión le impedía saber lo que pasaba a su derecha.
En la puerta, y gruñendo sordamente, se encontraba el perro...
Christiane lo reconoció en seguida.
¡Era «Sultán», el perro de Flevier!
El animal, dando un poderoso salto, cayó sobre Flevier arrastrándolo en su caída. Sin soltar su máquina infernal, el sabio intentó defenderse con el brazo izquierdo.
Debía poseer una fuerza extraordinaria, porque después de evitar las fauces de «Sultán», su mano se cerró en la garganta del perro, que gruñó de dolor. Debía saber, mejor que nadie, que el animal carecía de colmillos y que era bastante fácil de dominar.
De un brutal golpe de rodilla, lanzó al perro lejos de él, empezando a incorporarse al tiempo que preparaba su maldita máquina.
— ¡Vais a morir todos!
Dos disparos sonaron entonces destrozando brutalmente el silencio.
En el umbral de la puerta estaba Renard con la pistola aún humeante en la mano.
Edmond se encogió sobre sí mismo, derrumbándose estrepitosamente después. Pamelon se adelantó para recoger la máquina del suelo.
— Esto se ha terminado — dijo mirando a Christiane.

EPÍLOGO

Chris y Louis habían salido. En el amplio comedor de los Delahaye, el dueño de la casa, Pierre, compartía su tiempo con el comisario Renard al que había invitado especialmente.
— Ya comprenderá usted, mi querido amigo, que necesitaba saber muchas cosas que solamente sabe usted...
Renard sonrió antes de contestar.
— De acuerdo, monsieur Delahaye. Comprendo y creo que su curiosidad está completamente justificada, pues antes de que usted la sintiese me dominó completamente a mi.
»Desde el principio de este asunto, mi actitud pudo ser tomada como demasiado escéptica, es verdad. Pero para un policía las cuestiones

que ocurren sobre la Tierra deben ser consideradas como una acción delictiva más, sin que se preocupe demasiado por lo que constituye el «pasto de los sabios».
»A mí me interesaba muy poco que ese Kopho fuese venusiano, marciano o selenita. Lo primordial para mí era echarle la mano encima y aniquilarle, por el procedimiento que fuese, evitando que siguiera dándonos disgustos.
»En realidad, fue el mismo, por motivos que todavía ignoramos, el que se ató la soga al cuello, como vulgarmente se dice.
» ¿Por qué luchó contra los suyos y les aniquiló?
»Ésta es la pregunta .fundamental y la que explica todo el asunto. Ya le acabo de decir que quedan todavía muchas lagunas sin explicar, pero va a permitirme que le exponga mi teoría.
»Para mí, Kopho llegó en el «platillo volante» con una misión concreta que, desde luego, NO ERA LA DE PREPARAR UNA INVASIÓN VENUSIANA A LA TIERRA, pues si así hubiese sido, no hubiese robado las mujeres, por medio de ¡su maldita máquina, cuando una vez dominada la Tierra, podría tener cuantas desease.
»Que Kopho NO DESEABA CUMPLIR COMPLETAMENTE LAS ÓRDENES RECIBIDAS, lo demuestra el asesinato de los otros dos venusianos que le acompañaban. Al eliminarlos, envenenándolos, Kopho deseaba indudablemente QUEDARSE SOLO EN LA TIERRA para cumplir sus nefastos proyectos.
»El mensaje que envió a nuestro Gobierno era una completa farsa para hacemos creer en una pretendida invasión, y poder así llevar a cabo su plan de aparecer ante nuestros ojos BAJO LA PERSONALIDAD DE EDMOND FLEVIER como el salvador de la Humanidad.
Delahaye creyó llegado el momento de interrumpirle:
— ¿Y cómo se convirtió en Edmond Flevier?
Renard sonrió antes de contestar.
— Eso me ha sido explicado por los técnicos.
»Cuando Kopho abandonó el «platillo volante», para evitar que le descubriésemos allí, corrió en medio de la noche cargado de extraños aparatos. Recordará usted que la casa de Flevier no está muy lejos del lugar donde cayó el «platillo» y dio la casualidad de que el venusiano llegó allí.
»El perro de Flevier debió dar la alarma y Kopho se vio obligado a matar inmediatamente a Flevier y a la ama de llaves que vivía con él. Después, más adelante, se vengó cruelmente del perro, al que castigó duramente y destrozó, con un hierro la dentadura.
»Sin embargo, no llegó a matarlo, porque los vecinos se hubiesen extrañado de su desaparición en una colonia de hoteles en los que no falta un perro por casa...

»Se ha demostrado después que Edmond no murió en seguida y que Kopho tuvo el tiempo de colocar un complicado aparato sobre su cerebro, una especie de «electroencefalógrafo» que, según los sabios, que lo han estudiado, permite PASAR LA TOTALIDAD DE UNA VIDA MENTAL CON SUS RECUERDOS y TODO...

»Fue así como Kopho se apoderó de la personalidad de Flevier. Después, gracias a su habilidad de cirujano, convirtió su rostro en el del joven, con una extraordinaria maestría. Así se demuestra por qué recordaba todos los detalles pasados que su hija le preguntó aquel día, mientras nosotros escuchábamos en la habitación de abajo. Estaba recordando simplemente la vida de Flevier.

»Mentalmente consiguió lo que se proponía, pero físicamente había un detalle que no podía imitar.

»LE FALTABA UN OJO...

»Por eso se colocó uno de vidrio y nosotros fuimos lo bastante estúpidos de no darnos cuenta de aquel impórtate detalle hasta el final. Fue Pamelon, mi ayudante, el que, pensando en todo esto, nos proporcionó la prueba que no podía ¡fallar.

»Pero, por si nos equivocábamos, solté a «Sultán», que no podía dejar de reconocer al hombre que lo había tratado tan cruelmente. Su instinto nos señaló al enemigo que andábamos buscando.

»Respecto a su horrible máquina, que ha sido bautizada por nuestros hombres de ciencia como un «cinetógeno», obraba aumentando el movimiento de las moléculas y convirtiendo todo cuanto tocaba EN UNA ESPECIE DE GAS...

Acabó la copa de coñac antes de decir:

— Eso es todo, monsieur Delahaye.

El padre de Chiristiane suspiró profundamente; luego, con una sonrisa:

— Eso no es todo, comisario. El colofón está aquí — añadió entregando una cartulina al policía.

Renard leyó el contenido, lanzando a su vez otro profundo suspiro.

— Le agradezco la invitación —dijo—, Pero le aseguro que me hace daño perder un hombre como Pamelon, a pesar de que usted se lleva un buen hijo político.

FIN

«Cuando las cosas crecen»

(una Fiction-story)

Law Space

Todo empezó con aquel catarro que, al principio, hizo sonreír a mamá Braum.

— No será nada, Karl, hijo mío. Así podrás descansar unos días de esos pesados estudios del Liceo.

Karl, cómodamente instalado en el lecho, no dijo nada. Era un niño profundamente introvertido, excesivamente serio y que constituía un sincero orgullo para los Braum, Las excelentes notas que obtenía constantemente en el Liceo y la fuerza de la personalidad que ya surgía de cada uno de sus actos, le habían labrado el respeto entre sus condiscípulos y la simpatía de todos sus profesores que, sin confesarlo jamás, temían un tanto a aquella mente aguda y capaz, en el momento más inoportuno, de colocarles en un serio aprieto.
El niño dejó pasar aquella mañana, soleada a pesar del frío que reinaba fuera, sin casi pensar en nada y dejando correr libremente su imaginación por los mil temas fantásticos que corretean siempre por la mente de los jóvenes.
Recordó la última novela leída en vacaciones, la última película y todas las que recordaba esforzándose en reconstruirlas en su imaginación y complaciéndose en rellenar las lagunas de su memoria con escenas y argumentos que iba él creando a medida de cada una, da ellas.
Luego, antes de almorzar, cuando llegó papá Braum, le escuchó atentamente y con ese respeto que tenía a todo lo superior y que era como una envidia puramente constructiva que le Impulsaba a estudiar cada vez con más ahínco.
Era verdad que desde muy pequeño, Karl vio en su padre un objetivo que debía alcanzar sin más remedio. Lo más remoto que recordaba, en el nacimiento de aquel impulso, era la tarde que su madre cuando él tenía apenas ocho años, le había llevado a la Universidad, en un fin de curso, para esperar a papá, que pronunciaba la conferencia de clausura.
Todavía recordaba Karl con una intensa riqueza de detalles aquella soleada mañana de mayo, aquella espontaneidad que reinaba por doquier en el despertar de la naturaleza. Durante todo el recorrido hasta la Universidad, sentado al lado de mamá, qua conducía el coche, Karl habla aspirado los efluvios que brotaban de todas partes, abandonando el volante de plástico que le habían comprado y que, fijado por una ventosa al coche, hacía que los pequeños oreyesen conducirlo. En realidad, ya empezaba Karl a hacer caso omiso de los juguetes, viéndose atraída por otras cosas que escapaban totalmente a los demás niños.
En la Universidad logró separarse un poco de mamá y, ayudado por uno de los ujieres que le conocía y que le tomó en brazos, consiguió oír y ver a su padre, que, en lo alto de la cátedra, explicaba con aquella su voz potente cosas que el niño intentaba vanamente entender.
Pero cuando las luces de 3a sala se apagaron y empezaron a proyectarse aquellos raros monstruos, que papá habla llamado

«embriones» y que poco a poco, al tiempo que se proyectaban las láminas, iban pareciéndose más y más a. un niño pequeño, la imaginación de Karl empezó a trabajar velozmente, rellenando en seguida, como era siempre su costumbre, los huecos de lo que su cerebro no llegaba a entender, con ideas que surgían de su mente con una extraordinaria facilidad.

Desde aquel momento, en lo más hondo del espíritu del niño, la personalidad de su padre sufrió una radical mutación, convirtiéndose, además de en un objetivo de primerísima importancia, en algo cuyas dimensiones habían sobrepasado lo gigantesco.

Erik Braum, el padre de Karl, era profesor de Embriología y una de las primeras autoridades de la materia. Esto, para desgracia del pequeño, no llegó nunca a significar nada claro en la mente de Karl.

* * *

Aquel catarro duraba ya varios días...

Lo más molesto para el niño era que se iban agotando los temas donde se complacía tanto, al tiempo que una extraña sensación angustiosa, que le empujaba a pensar intensamente en cada instante, acortaba su sueño, produciéndole un pertinaz insomnio que no se atrevió a confesar a nadie.

Los engranajes de su cerebro no cesaban de ¡funcionar un solo instante, y Karl se veía obligado a esforzarse constantemente para saciar aquel voraz apetito de su espíritu que necesitaba devorar y devorar ideas y más ideas a un ritmo cada vez más imposible.

Papá venía dos o tres veces al día para inyectarle los medicamentos que había prescrito el doctor Schaller, un viejo amigo de papá, cariñoso y simpático, pero que no representó nunca nada importante para Karl Braum.

Aquella sensación, al juzgar a las personas mayores con un espíritu crítico severo, se había producido muchas veces en él. Cada vez que le era presentado algún adulto, recibía su espíritu una especie de choque, de cuya intensidad deducía inmediatamente la importancia y la trascendencia de la persona que acaba de conocer.

Así, por ejemplo, las mujeres no le producían más que una viva irritación, encontrándolas casi siempre desprovistas de aquel «silencio» que parecía pertenecer solamente a los hombres. Naturalmente, mamá era una excepción y su presencia serenaba a Karl, produciéndole una sensación de paz y tranquilidad deliciosa...

Por eso, cuando mamá Braum recibió aquel telegrama que la obligaba a ausentarse para ir a visitar a la abuela que estaba gravemente enferma, Karl se sintió profundamente desgraciado y fue entonces cuando empezó a sentir aquel horrible miedo

¿De dónde llegó aquel miedo?

Hubiese sido completamente imposible explicar de dónde. Quizás, y

así lo pensaba Karl, nació al mismo tiempo que la luminosidad que se hizo dentro de su mente cuando vio, con la mayor sorpresa, que las cosas y las ideas se manifestaban en su cerebro con una nueva fuerza, como si se tratase de misteriosos mensajes que venían... ¿Per dónde venían?

Tardó Karl cerca de una semana — ya se había ido mamá hacía dos — en hallar el camino por el que le llegaban los extraños mensajes que recibía cada vez con la mayor intensidad.

Descubrió el cable de la luz, que terminaba en un interruptor en forma de pera y que pendía cerca de su cabeza, apoyándose en la cabecera de la cama. Vio en seguida que no tenía más que acariciar el interruptor para que los mensajes se produjesen con una claridad extraordinaria.

Al principio, todo cuanto le llegaba por los cables de la luz no era más que materia para pensar cosas extraordinarias y maravillosas que le permitían, sin necesidad de esforzarse como antes, cubrir fácilmente las largas horas de insomnio y el aburrimiento de los días inacabables.

La enfermera que su padre había contratado se limitaba a preguntarle de vez en cuando si necesitaba algo, pasando el tiempo en el gabinete vecino donde seguramente se ponía a leer aquellas estúpidas novelas cuyas portadas coloreadas en las que se veía siempre una pareja de jóvenes había visto Kart asomar por el bolsillo de la bata.

La primera sensación de que le estaba pasando algo raro se produjo después de que su padre le pusiese una de las inyecciones de la mañana. Un calor Intenso le recorrió las venas, inundándole después la boca y llegando más tarde al cerebro que pareció arder por los cuatro costados. Permaneció inmóvil, pendiente de las sensaciones que surgían de todas las partes de su cuerpo, preguntándose, con una angustia creciente, en qué iba a acabar todo aquello.

Se había pasado la casi totalidad de la noche anterior pensando en los «monstruos» que su padre estudiaba y muchas de las palabras que el doctor Braum pronunció en aquella clausura de curso, volvieron a su mente, imponiéndole sentidos mágicos y confusos que no eran aún más que los esbozos de las ideas que se forjaban en su espíritu.

Todas aquellas vaguedades fueron concretándose lentamente en su mente, en un dificultoso trabajo de elaboración con el que intentaba comprender el peligro que estaba seguro había ya empezado a proyectarse sobre él. Cuando se consideraba incapaz de resolver cualquier cuestión, tocaba el interruptor e inmediatamente llegaba el mensaje que esclarecía todo y que allanaba cualquier cortapisa.

Pero, para decir verdad, conoció antes las «manifestaciones» del peligro que sus «causas». Éstas llegaron mucho más tarde, acompañadas de la imperiosa necesidad de hacer algo para salir de

aquel espeluznante estado.

* * *

Al despertarse una mañana después de aquel corto sueño que conseguía captar las luces del alba, se dio cuenta de que algo muy raro estaba ocurriendo a su alrededor. Tardó algunos minutos en poder explicar lo que acontecía hasta que logró percatarse claramente que las cosas que le rodeaban hablan empezado a crecer.

Aquel crecimiento no era nada exagerado, pero podía medirse fácilmente, al compararlo con las distancias, dentro de su habitación, que tan bien conocía. Por ejemplo, lo que llamaba la atención en seguida eran las nuevas dimensiones del lecho. Generalmente y cuando mantenía el cuerpo estirado, sus pies llegaban casi a la parte baja de la cama, faltando quizás medio metro para tocar con el doblez Inferior de las sábanas. Ahora, por el contrario, y manteniéndose estirado, llegaba apenas hasta la mitad.

Aquella horrible dilatación de las cosas prosiguió inexorablemente su camino Cada mañana, cuando se despertaba, se complacía, antes de que apareciese la angustia que le producía todo aquello, en comparar las distancias para poder percatarse de lo que habían crecido las cosas durante la noche.

El lecho llegó a ser algo inmenso y hasta el interruptor, que hasta entonces había estado siempre al alcance de su mano, se alejó terriblemente, manteniéndose desde entonces fuera de su alcance.

Cuando miraba a la lámpara, debía hacer un esfuerzo para no gritar, pues se había convertido en una especie de globo inmenso, un centenar de veces más grande que él y que parecía estar dispuesto a caer, de un momento a otro, aplastándole sin remedio.

No le causó sorpresa alguna el comprobar que también las personas habían experimentado el mismo desmesurado crecimiento. La enfermera se convirtió en un gigante del que Karl lograba apenas mirar una parte del rostro que ocupaba la totalidad de su horizonte visual. Un ojo verdaderamente monstruoso era todo lo que lograba ver cuando aquella mujer se inclinaba para preguntarle si necesitaba algo. Y su voz sonaba en la cabeza del niño como una explosión formidable que le ensordecía, produciéndole unos horribles dolores de cabeza que no le dejaban en todo el día.

En cuanto a su padre, Karl hacía mucho tiempo que no le veía, por la sencilla razón de que cada vez que iba a inyectarle cerraba los ojos con ¡fuerza, hasta que estaba completamente seguro de que se había ido.

Unos días más tarde se dio cuenta de su error de apreciación, al descubrir que las cosas no hablan crecido, sino que había sido él quien se había reducido de tamaño. En seguida notó las anormalidades que se estaban produciendo en su cuerpo hasta darse

cuenta de la absoluta verdad de su situación.
¡Se estaba convirtiendo en una araña!
¿Se estaba convirtiendo o «le estaban convirtiendo»?
El razonamiento final fue tremendamente sencillo. Después de una larga noche en la que pensó nuevamente en los monstruos que su padre estudiaba, llegó a la conclusión de que el doctor Braum estaba experimentando con él, aprovechando la ausencia de Frau Braum, y convirtiéndole en aquel repugnante ser que ya era.
Tampoco se extrañó al convencerse de que tenía ocho extremidades en vez de cuatro. En realidad, aprendió muy pronto a manejarse con aquellas peludas patas que le brotaban del cuerpo. Pero, cuando una vez pensó en huir, perdió la esperanza al darse cuenta de la inmensa extensión que había adquirido el lecho.
No dudó un solo instante en que la enfermera estuviese de acuerdo con su padre. Aquella despreciable mujer seguía leyendo las estúpidas novelas, sin dar importancia alguna a lo que le estaba sucediendo a Karl.
El niño fue sintiendo, cada vez con mayor fuerza, la necesidad de escapar de allí. Recordaba perfectamente que sus «congéneres», las otras arañas, eran capaces de producir seda y se sintió profundamente defraudado al comprobar que él era incapaz de gozar de aquella indudable ventaja para poder descender del-lecho y huir de aquella horrible casa.
¡Si mamá hubiese regresado!
Cada vez le ponían más inyecciones, lo que demostraba que «deseaban» que su transformación se acelerase. Aquello le; espantó y llegó a la conclusión de que cuando estuviese definitivamente convertido en araña... ¡no podría pensar!...
¡Ah, no, de ninguna manera! Él no habla protestado de nada, acatando el crimen que su padre estaba haciendo con él, pero no estaba dispuesto a que su facultad de pensar desapareciese., ¡Jamás lo consentiría!... Porque, ¿qué sería de él sin poder pensar, encerrado para siempre en aquel cuerpo horrendo y al que no lograría acostumbrarse nunca?
Aquello fue lo que le decidió, dedicando todos sus esfuerzos mentales a impedir la nueva amenaza.. Como no podía defenderse, debido a su minúsculo tamaño, ni impedir que le pusiesen más inyecciones, elaboró un plan, estudiando meticulosamente todos los detalles. Llegó así a la conclusión de que el domingo por la mañana era el día más apropiado. Papá y la enfermera salían a misa, a una iglesia cercana y volvían en seguida, pero dejándole un poco solo, al cuidado de una vecina que no solía aparecer jamás, pues tenía muchos niños y temía un posible contagio...

* * *

¡Cuánto le costó bajar del lecho!
Luego, arrastrándose y sintiendo el frío del suelo en su vientre, atravesó la tremenda distancia que le separaba de la puerta, pasó al gabinete llegando finalmente al despacho de papá, cuya puerta, afortunadamente, estaba abierta. Después y recordando perfectamente dónde guardaba el doctor aquella vieja pistola, recuerdo de la última guerra, llegó hasta el mueble trepando por él y consiguiendo abrir el cajón y coger el arma de una forma que no logró explicarse jamás.
Lo demás fue muy sencillo.
Oyó el grito de papá, el de la enfermera y la voz de ambos que le llamaban. Luego, los pasos se fueron acercando, cada vez más, a medida que los dos recorrían las habitaciones de la casa.
— ¿Dónde estás, Karl?
Finalmente, la silueta gigantesca de su padre apareció en el umbral de la puerta del despacho y con los ojos muy abiertos, miró a su hijo.
— ¿Qué haces ahí, pequeño?
Karl, que estaba apuntando a la puerta, apretó el gatillo una, dos, tres, cuatro veces, hasta que vio cómo su padre caía en el suelo, mientras la enfermera gritaba, en alguna parte, son tremendos alaridos.

* * *

Mamá ha vuelto. También han venido muchos médicos que me han visto y hablado, sin que yo les hiciese mucho caso.
Después han llegado otros hombres que me han puesto en una especie de camilla, tremendamente grande, para sacarme de allí.
— ¿Adónde me llevan?
Ya no me importa.
Mientras me sacan, he oído a uno de los médicos que decía a mamá:
— Es un caso incurable, señora Braum. Una encefalitis de pronóstico sumamente pesimista.
¿Qué habrá querido decir?

FIN

Notas

«Pies-planos», nombre burlón que se da a los policías franceses.↲

Aparato utilizado para estudiar la actividad eléctrica del cerebro, que se cree íntimamente asociada al trabajo mental. ↲

La hibernación es un procedimiento por medio del cual se logra reducir a un mínimo las necesidades vitales del organismo. Sencillamente, se trata de enfriar progresivamente el cuerpo del paciente, hasta un límite posible, produciendo algo semejante a lo que ocurre a los animales que «hibernan» y que llegada la época de los fríos, permanecen aletargados hasta la llegada de la primavera. Durante todo este tiempo, el organismo vive a expensas de la reserva grasas, necesitando una cantidad mínima de alimentación, ya que no

gasta apenas energía alguna, fuera de la actividad cardiaca y la actividad respiratoria que están notablemente disminuidas. La hibernación se está empleando con un éxito creciente en Cirugía, logrando realizar, bajo este estado, intervenciones importantes, sin el peligro evidente que, a pesar de todo, puede emanar del uso de las sustancias anestésicas. (Nota del Autor). ↲